

El zoo de cristal

TENNESSEE WILLIAMS

Traducción de León Mirlas

PERSONAJES

Amanda wingfield, la madre.
Tom wingfield, el hijo.
Laura wingfield, la hija.
Jim o'connor, el candidato.

Escenario: *Una callejuela de Saint Louis*

PARTE I: Preparación para un candidato.
PARTE II: El candidato de visita.

Época: Ahora y el pasado.

El zoo de cristal fue estrenada por Eddie Dowling y Louis J. Singer en el Playhouse Theatre de Nueva York, el 31 de marzo de 1945.

NOTAS DEL AUTOR PARA LA REPRESENTACIÓN DE *EL ZOO DE CRISTAL*

Como *El zoo de cristal* es una «comedia de recuerdos», se la puede representar con una insólita liberación de todo convencionalismo. Dado su material, muy delicado o tenue, las pinceladas de ambiente y las sutilezas de dirección desempeñan un papel particularmente importante. El expresionismo y todas las demás técnicas no convencionales del teatro tienen un solo objeto válido, y es un mayor acercamiento a la verdad. Cuando una pieza emplea técnicas no convencionales, no trata -o, ciertamente, no debiera tratar- de eludir su responsabilidad de habérselas con la realidad o de interpretar la experiencia; pretende o debe pretender al menos hallar un ángulo de enfoque más próximo, una expresión más penetrante y vívida de las cosas tales como son, o por lo menos intentarlo. La comedia francamente realista, con su heladera auténtica y sus cubos de hielo auténticos, con sus personajes de lenguaje idéntico al de su público, se corresponde con el paisaje académico y tiene las virtudes de una semejanza fotográfica. Todos deben conocer ahora la intranscendencia de lo fotográfico en el arte; y saber que la verdad, la vida o la realidad son algo orgánico que la imaginación poética sólo puede representar o sugerir, en esencia, mediante la transformación, la transmutación en otras formas que las existentes simplemente en su apariencia.

Estas observaciones no deben considerarse sólo un prefacio a esta comedia en particular. Se vinculan a una concepción de un teatro nuevo y plástico, que debe sustituir al agotado teatro de los convencionalismos realistas si se quiere que el arte dramático recobre su vitalidad como parte integrante de nuestra cultura.

La música: Otro rasgo extraliterario de esta comedia es el que brinda el uso de la música. Una sola melodía que reaparece, *El zoo de cristal*, se utiliza para subrayar emocionalmente los pasajes adecuados. Esta melodía es como la música del circo, no cuando uno está en las graderías o en las inmediaciones del espectáculo, sino cuando se encuentra a cierta distancia y pensando probablemente en otra cosa. En esas circunstancias parece proseguir casi interminablemente y se entreteje con la preocupada conciencia del oyente, entrando y saliendo de ella: además, es la música más leve y delicada del mundo y quizá la más triste. Expresa la vivacidad superficial de la vida, con la veta subyacente del dolor inmutable e inexpressable. Cuando uno mira una pieza de vidrio delicadamente hecha, piensa en dos cosas: en su belleza y en su fragilidad. Ambas ideas deben entretejarse en la melodía que reaparece, que entra y sale de la comedia como a impulsos de un viento

voluble. Sirve de eslabón y alusión entre el narrador, con su ubicación independiente en el tiempo y en el espacio, y el tema de su relato. Entre uno y otro episodio, vuelve como una alusión a un sentimiento, la nostalgia, que es la primera condición de la comedia. Es esencialmente la música de Laura y por eso aparece con más claridad cuando la pieza se concentra sobre ella y la hermosa fragilidad del vidrio que es su imagen.

La iluminación: La iluminación de la comedia no es realista. A tono con la atmósfera de recuerdo, el escenario está en la sombra. Se proyectan haces de luz sobre zonas o actores escogidos, en contradicción a veces con su centro aparente. En la escena de la riña entre Tom y Amanda, por ejemplo, en que Laura no desempeña un papel activo, el haz de luz más nítido se proyecta sobre la figura de ésta. Lo mismo puede decirse de la escena de la cena, en que la silenciosa figura de Laura en el sofá debe seguir siendo el centro visual. La luz que ilumina a Laura debe ser distinta de la de los demás, teniendo una claridad prístina característica, tal como la luz usada en los primitivos retratos religiosos de las santas o madonas. En toda la pieza podría usarse eficazmente cierta correspondencia con la luz de los cuadros religiosos, como los de El Greco, donde las figuras se presentan radiantes en atmósferas relativamente sombrías. (Eso permitirá también un uso más eficaz de la cortina de gasa.) Un uso libre e imaginativo de la luz puede ser de un valor enorme para darles un carácter móvil y plástico a comedias de naturaleza más o menos estática.

NOTAS SOBRE LOS PERSONAJES

Amanda Wingfield (la madre): Una mujer de gran pero azorada vitalidad, que se aferra frenéticamente a otro tiempo y lugar. Su caracterización debe ser creada con sumo cuidado, no copiada del tipo. No es una paranoica, pero su vida es una paranoia. En Amanda hay mucho de admirable, y tantas cosas dignas de amor y piedad como de risa. Ciertamente, tiene capacidad para soportar sufrimientos y una especie de heroísmo, y aunque su estupidez suele hacerla inconscientemente cruel, en su frágil persona hay ternura.

Laura Wingfield (su hija): Amanda, después de haber fracasado en su intento de entrar en contacto con la realidad, sigue viviendo esencialmente en sus ilusiones, pero la situación de Laura es más grave aún. Una enfermedad de la infancia la ha dejado tullida, ya que una de sus piernas es más corta que la otra y le ayuda un aparato. Basta con sugerir este defecto en escena. El retraimiento de Laura, nacido de esta circunstancia, se ha acrecentado hasta convertirla en una pieza de su

propia colección de vidrio, demasiado exquisitamente frágil para moverla del estante.

Tom Wingfield (su hijo): El narrador de la pieza. Un poeta que trabaja en una zapatería. Su temperamento carece de crueldad, pero para escapar de una trampa debe obrar sin compasión.

Jim O'Connor (el candidato): Un joven convencionalmente guapo.

T. W.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

El apartamento de los Wingfield está en los fondos del edificio, y es uno de esos vastos conglomerados de unidades de vida celular semejante a una colmena, que florecen como excrescencias en los centros urbanos superpoblados de la clase media inferior y son un síntoma del impulso que empuja a ese sector de la sociedad norteamericana, el más grande y fundamentalmente esclavizado, a evitar la fluidez y la diferenciación, y a existir y funcionar como una entretejida masa de automatismo.

El apartamento da sobre una callejuela y penetra en él una escalera de emergencia para casos de incendio, una estructura cuyo nombre es un rasgo de verdad poética accidental, porque en todos esos enormes edificios arden siempre los lentos e implacables fuegos de la desesperación humana. La escalera de emergencia está incluida en el escenario; es decir, lo están su rellano y los peldaños que bajan de él. Nótese que el callejón de la izquierda puede omitirse totalmente, ya que sólo se usa para la primera entrada de Tom, la cual puede efectuarse por la derecha.

El escenario es el recuerdo y por lo tanto no es realista. El recuerdo permite muchas licencias poéticas. Omite algunos detalles, otros se exageran, según el valor sentimental de los objetos que toca, ya que la memoria radica preferentemente en el corazón. Por eso, el interior es bastante oscuro y poético.

(Apenas se apagan las luces de la sala, llega por la derecha la música de un salón de baile. Vieja música popular del periodo 1915-1920, digamos. Ésta continúa hasta que Tom aparece en el rellano de la escalera de emergencia, enciende un cigarrillo y empieza a hablar.)

Al levantarse el telón: El público se enfrenta con la oscura y ceñuda pared de los fondos de la casa de alojamiento de los Wingfield. (El escenario propiamente dicho está separado de ella por una cortina de gasa, que sugiere el frente del edificio.) Este edificio, paralelo a las candilejas, está flanqueado por dos callejuelas sombrías y angostas que se internan en lóbregos desfiladeros de marañas de ropa colgada, latas con desperdicios y el siniestro enrejado de las escaleras de emergencia vecinas. (Las callejuelas están en realidad en las tinieblas y los objetos que acaban de mencionarse no son visibles.) Las entradas de la calle y los mutis se hacen por esas callejuelas laterales. Al acabar el comentario inicial de Tom, el oscuro muro de la casa de alojamiento muestra poco a poco (por medio de un transparente) el interior del

departamento de los Wingfield en la planta baja. La cortina de gasa, que sugiere el frente del edificio, se levanta sobre el decorado interior. En primer término está la sala, que le sirve también de dormitorio a Laura, abriéndose un sofá-cama que utiliza de lecho. Más allá, hay un taburete o mesa en donde se halla un teléfono. Al foro, en el centro y separado por un ancho arco o un segundo proscenio de cortinajes transparentes y ajados (o segundo cortinaje: el «segundo cortinaje» es en realidad el de gasa interior intermedio entre la sala y el comedor, que se halla en el foro) está el comedor. En una anticuada rinconera de la sala, hay muchos animales de vidrio transparente. Una empañada fotografía del padre de los Wingfield, de frente al público, a la izquierda del arco. Es el rostro de un joven muy guapo, con el quepis de un infante norteamericano de la Primera Guerra Mundial. Sonríe valerosamente, con una sonrisita irresistible, como si dijera: «Sonreiré siempre.» (Adviértase que, en cuanto concierne al salón de baile, sólo es esencial que se vea la ventana iluminando la parte lejana de la callejuela. No es necesario mostrar una sección considerable del salón de baile.)

El público oye y ve la escena inicial del comedor tanto a través del transparente cuarto muro (éste es la cortina de gasa que sugiere el frente del edificio) y los cortinajes transparentes de gasa del arco del comedor. Durante esta reveladora escena sube lentamente el cuarto muro, hasta perderse de vista. Este muro exterior transparente no vuelve a bajar hasta el final de la pieza, durante el discurso final de Tom.

El narrador es un franco convencionalismo de la pieza. Se toma todas las libertades que convienen a su propósito con los convencionalismos dramáticos.

Tom entra de la callejuela de la izquierda (o de la derecha, si se omite la de la izquierda). Viste indumentaria de marinero de la marina mercante y va despaciosamente por el frente del escenario hacia la escalera de emergencia. (Tom puede inclinarse contra el enrejado de la escalera cuando enciende el cigarrillo.) Allí, se detiene y enciende un cigarrillo. Le habla al público.

TOM: Tengo trucos en el bolsillo -y cosas bajo la manga- pero soy todo lo contrario del prestidigitador común. Éste, les brinda a ustedes una linda ilusión con las apariencias de la verdad. Yo, les doy la verdad con las gratas apariencias de la ilusión. Los llevo a una callejuela de Saint Louis. La época en que transcurre la acción es el lejano período en que la enorme clase media de los Estados Unidos se matriculaba en una escuela para ciegos. Sus ojos les fallaban, o ellos fallaban a sus ojos, y por eso se les oprimía

enérgicamente los dedos sobre el feroz alfabeto Braille de una economía en desintegración. En España, había revolución. Aquí, sólo había gritos y confusión y conflictos obreros, a veces violentos, en ciudades por lo demás pacíficas como Cleveland... Chicago... Detroit... Ésa es la atmósfera social en que se desarrolla la acción de esta comedia. Esta comedia son los recuerdos. *(Se oye música.)* Como es una comedia de recuerdos, hay poca luz, es sentimental, no es realista. En la memoria, todo parece acontecer con música. Ello explica el violín que se oye, entre bastidores. Yo soy el narrador de la comedia y también uno de sus personajes. Los otros son mi madre Amanda, mi hermana Laura y un candidato matrimonial que aparece en las escenas finales. Este es el personaje más realista de la pieza, por ser el emisario de un mundo del cual, en cierto modo, estábamos separados. Pero como tengo la debilidad de un poeta por los símbolos, uso a este personaje como el demorado pero siempre esperado algo por el cual vivimos. Hay un quinto personaje que sólo aparece en una fotografía colgada de la pared. Cuando vean la imagen de este sonriente caballero, sírvanse recordar que es nuestro padre, que nos abandonó hace mucho tiempo. Era un telefonista que se enamoró de la larga distancia: de modo que renunció a su empleo en la compañía telefónica y huyó de la ciudad... La última noticia que tuvimos de él fue una postal de la costa mexicana del Pacífico, con un mensaje de dos palabras: «¡Hola, adiós!», y sin dirección. Creo que el resto de la comedia se explicará por sí mismo. *(Se encienden las luces en el comedor.)*

(Tom sale por la derecha. Hace mutis por el primer término, se quita su abrigo de marinero y su ajustado gorro tejido y se queda junto a la puerta de la derecha del comedor, esperando el momento de entrar en escena. Se oye la voz de Amanda a través de los cortinajes, esto es, de las cortinas de gasa que separan al comedor de la sala. Amanda y Laura están sentadas junto a una mesa-libro. Amanda ocupa la silla del centro y Laura la de la izquierda. El acto de comer se indica con gestos, sin viandas ni utensilios. Amanda está de frente al público. El interior del comedor, se ha iluminado suavemente y a través de las cortinas de gasa, vemos a Amanda y a Laura sentadas a la mesa en la zona del foro.)

AMANDA: ¿Sabes una cosa, Laura? El domingo pasado, me sucedió algo graciosísimo en la iglesia. El recinto estaba atestado y sólo quedaba libre uno de los primeros bancos y allí se veía apenas a una mujercita. Le sonreí muy dulcemente y le dije: Perdóneme usted... ¿Tendría inconveniente en que yo compartiera este banco? «Sí -me dijo-. Este

espacio está alquilado.» ¿Sabes que es la primera vez que oigo decir que el Señor alquila espacio? *(Las cortinas de gasa del comedor se descorren automáticamente.)* ¡Esos episcopales del Norte! Comprendo a los del Sur, pero a los del Norte, no. *(Tom entra en el comedor por la derecha, se desliza hacia la mesa y se sienta a la derecha.)* Querido, no empujes la comida con los dedos. Si es forzoso que la empujes con algo, usa una corteza de pan. Debes masticar lo que comes. Los animales tienen en el estómago secreciones que les permiten digerir su comida sin masticarla, pero los seres humanos, antes de tragarla, deben masticarla y masticarla. Oh, come sin prisa. Come sin prisa. Una comida bien preparada tiene muchos sabores delicados que conviene retener en la boca para apreciarlos, y no limitarse a engullirlos. ¡Oh, mastica, mastica, mastica! *(A esta altura, la cortina de gasa -si el director decide usarla-, la que sugiere la pared externa, se levanta y no vuelve a bajar hasta el fin de la comedia.)* ¿No quieres darles oportunidad de funcionar a tus glándulas salivales?

TOM: Mamá, no he disfrutado de un solo bocado de la cena a causa de tus constantes instrucciones sobre la manera de comerla. Eres tú quien me obliga a comer precipitadamente, con tu atención de gavilán sobre todos mis bocados. Resulta repulsiva... toda esa disertación sobre la secreción de los animales... las glándulas salivales... ¡la masticación!

(Va hacia la butaca de la sala, enciende un cigarrillo.)

AMANDA: ¡Tienes temperamento, como un divo del Metropolitan! No te he permitido que te retires de la mesa.

TOM: Voy a fumar un cigarrillo.

AMANDA: Fumas demasiado.

LAURA *(levantándose)*: Mamá, traeré el café.

AMANDA: No, no, no. Tú, siéntate. Hoy, yo seré el negrito que sirve y tú serás la dama.

LAURA: Ya me he levantado.

AMANDA: Pues vuelve a sentarte. Vuelve a sentarte. Consérvate fresca y linda para los candidatos. *(Laura se sienta.)*

LAURA: No espero la visita de ningún candidato.

AMANDA *(que ha estado recogiendo los platos de la mesa y poniéndolos sobre la bandeja)*: Lo gracioso, es que vienen cuando menos se los espera. Recuerdo una tarde de domingo, en Blue Mountain, cuando tu madre era niña...

(Sale en busca del café, por el foro derecha.)

TOM: ¡Sé qué se avecina! *(Laura se levanta.)*

LAURA: Sí. Pero más vale que se lo dejes decir. *(Va hacia la izquierda del sofá-cama y se sienta.)*

TOM: ¿De nuevo?

LAURA: Le gusta decirlo.

AMANDA (*entrando por la derecha al comedor y pasando a la sala con la bandeja y el café*): Recuerdo que un domingo por la tarde, en Blue Mountain, cuando tu madre era una niña, la visitaron... idiecisiete candidatos! (*Se acerca a Tom, le da café y va al centro del escenario. Laura se le aproxima, toma la tacita y vuelve a su sitio. Amanda pone la bandeja sobre la mesita que está a la derecha del sofá-cama y se sienta junto a ella. La cortina interior se corre, las luces se apagan.*)

AMANDA: Lo cierto es que, a veces, no había sillas suficientes para todos ellos y teníamos que mandar al negrito a casa del cura en busca de sillas plegables.

TOM: ¿Cómo conseguiste entretener a todos esos candidatos?

(*Tom se sienta, finalmente, en la butaca de la derecha.*)

AMANDA: ¡Daba la casualidad de que yo conocía el arte de la conversación!

TOM: ¡Apuesto a que sabías hablar!

AMANDA: Claro que sí. Todas las muchachas de mi tiempo lo sabían, te lo aseguro.

TOM: ¿De veras?

AMANDA: Sabían entretener a los candidatos que las visitaban. No bastaba que una muchacha tuviera una linda cara y una figura graciosa... aunque yo no estaba mal dotada en ninguno de esos sentidos. También debía tener un ingenio ágil y una lengua capaz de afrontar todas las emergencias.

TOM: ¿De qué hablabas?

AMANDA: ¡De las cosas importantes que sucedían en el mundo! Mis candidatos eran caballeros... ¡todos ellos! ¡Figuraban entre los hombres más destacados del delta del Mississipí... eran hacendados e hijos de hacendados! Estaba Champ Laughlin, hijo. (*Se oye música.*) Más tarde, Champ llegó a ser vicepresidente del Banco de los Hacendados del Delta. Y Hadley Stevenson, que se ahogó en el lago Moon. Dios mío, por cierto que dejó a su esposa bien asegurada... con ciento cincuenta mil dólares... en títulos del Gobierno. Y los hermanos Cutrere... Wesley y Bates. ¡Bates era uno de mis alegres galanes favoritos! Pero tuvo una riña con Wainwright, aquel salvaje, y la emprendieron a tiros en el casino del lago Moon. Bates recibió un balazo en el estómago. Murió en la ambulancia cuando lo llevaban a Menfis. Ciertamente, también él dejó bien asegurada a su viuda... con no menos de ocho o diez mil acres. No amaba a su mujer, ella lo atrapó por casualidad, de rebote. La noche en que murió, encontraron en su bolsillo mi fotografía. ¡Oh! ¡Y aquel joven que les hacía perder la cabeza a todas las muchachas del delta! ¡Aquel guapo (*se extingue la música*) y talentoso Fitzhugh, del distrito de Greene!

TOM: ¿Qué le dejó a su viuda, ése?

AMANDA: ¡No se casó! ¿Qué te pasa? ¡Hablas como si todos mis admiradores de antaño se hubieran muerto!

TOM: ¿No es ése el primero de los que has mencionado que sobrevivió?

AMANDA: Ganó muchísimo dinero. Fue al Norte, a Wall Street y amasó una fortuna. Tenía el toque de Midas... todo lo que tocaba se convertía en oro! *(Se levanta.)* Y yo habría podido ser la señora esposa de J. Duncan Fitzhugh... ¡fíjate bien! *(Va a la izquierda.)* Pero... ¿qué hice? ¡Me descarrié y me casé con tu padre! *(Mira la fotografía que pende sobre la pared. Va hacia la mesita vecina del sofá-cama en busca de un cenicero.)*

LAURA *(se levanta)*: Mamá, déjame recoger la mesa.

AMANDA *(recoge las tacitas de Laura y de Tom)*: No, querida. Ve a practicar tu dactilografía al tacto. O tu taquigrafía. ¡Sigue fresca y linda! ¡Es casi la hora de que empiecen a llegar tus candidatos! ¿A cuántos crees que recibiremos esta tarde? *(Tom descorre las cortinas que separan el comedor de la sala, que se cierran detrás de ella, y Amanda sale, entrando en la cocina. Tom se queda al foro en la sala.)*

LAURA *(a Amanda, que está detrás de la escena)*: No creo que recibamos a ninguno, mamá.

AMANDA *(tras de la escena)*: ¿A ninguno? ¿Ni uno solo? ¡Debes estar bromeando! ¿Ni un candidato de visita? ¿Qué pasa? ¿Ha habido una inundación o un tornado?

LAURA *(yendo hacia la mesa de la máquina de escribir)*: Ni una inundación ni un tornado, mamá. Lo que pasa, simplemente, es que no soy tan popular como lo eras tú en Blue Mountain. Mamá teme que seré una solterona. *(Se oye música. Se apagan las luces. Tom sale por el foro en las tinieblas. Laura va hacia el zoo de cristal.)*

ESCENA SEGUNDA

El escenario es el mismo. Se ilumina la sala, se ve a Laura junto al zoo, lustrando los animales de vidrio. Va hacia el fonógrafo, pone un disco. (En la representación por profesionales se usaba «Dardanella», pero puede utilizarse cualquier disco popular de la década de 1920-1930. Debe ser un disco gastado.) Laura sincroniza sus actos para poner la púa sobre el disco en el mismo momento en que concluye el fragmento musical que se estaba ejecutando en la escena anterior.

Entra Amanda por la callejuela de la derecha. Se oye rechinar la llave de la cerradura. Laura va con aire culpable a la máquina de escribir y teclea. (La mesita con la máquina está aún en escena, a la izquierda de la sala.) Amanda entra en la habitación de la derecha, cerrando la puerta. Va hacia la butaca y deja sobre ella el sombrero, el bolso y los guantes.

A Amanda le ha sucedido algo. Ese algo está grabado en su rostro: una mirada ceñuda y desesperada y algo ridícula. Viste uno de esos abrigo baratos de paño que simulan terciopelo, con un cuello de pieles de imitación. Su sombrero tiene ya cinco o seis años de antigüedad, es uno de esos horribles «cloche» que se usaron en mil novecientos veintitantos, y oprime un enorme portamonedas de charol negro con cierre e iniciales de níquel. Ese es su uniforme de gala, el que usa habitualmente cuando va a la sede de las DAR.

Sus labios se contraen, sus ojos se dilatan, los pone en blanco y menea la cabeza.

Al ver la expresión fisonómica de su madre, Laura se toca los labios con nervioso gesto.

LAURA: Hola, mamá. Precisamente, yo estaba...

AMANDA: Lo sé. Sólo estabas practicando tu dactilografía, supongo.

LAURA: Sí.

AMANDA: ¡Engaño, engaño, engaño!

LAURA (con voz trémula): ¿Cómo estuvo la reunión de la DAR, mamá?

AMANDA (acercándosele): ¡La reunión de la DAR!

LAURA: ¿No fuiste a la reunión de la DAR, mamá?

AMANDA (con voz débil, casi inaudible): No, no fui a ninguna reunión de la DAR (con más energía). No tuve fuerzas... No tuve el valor necesario. Sólo quería hallar un agujero en el suelo y ocultarme en él y quedarme

allí durante el resto de mi vida. (*Rasga el cuadro usado para la dactilografía al tacto, y arroja al suelo los pedazos.*)

LAURA: ¿Por qué has hecho eso, mamá?

AMANDA (*se sienta en el extremo derecho del sofá-cama*): ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué edad tienes, Laura?

LAURA: Mamá, tú sabes mi edad.

AMANDA: Creí que eras toda una mujer, pero evidentemente estaba muy equivocada. (*Mira fijamente a Laura.*)

LAURA: ¡Por favor, no me mires con fijeza, mamá! (*Cierra los ojos y baja la cabeza. Pausa.*)

AMANDA: ¿Qué vas a hacer? ¿Qué será de nosotros? ¿Qué futuro nos espera? (*Pausa.*)

LAURA: ¿Ha sucedido algo, mamá? Mamá... ¿Ha sucedido algo?

AMANDA: Se me pasará en seguida. Sólo estoy desconcertada... por la vida...

LAURA: ¡Mamá, quiero que me digas qué ha pasado!

AMANDA: Esta tarde fui a la DAR, como sabes; debían iniciarme como oficial. Me detuve en la escuela comercial Rubicam para hablarles de tu resfriado y para preguntarles sobre tus progresos allí.

LAURA: ¡Oh...!

AMANDA: Sí, oh..., oh..., oh. Fui directamente en busca de tu profesora de dactilografía y me presenté como madre tuya. Ni siquiera sabía quién eras. «¿Wingfield, dijo usted? Ni siquiera tenemos inscrita en la escuela a una estudiante de ese apellido.» Le aseguré que sí. Dije que mi hija Laura había estado asistiendo a las clases desde los primeros días de enero. «Bueno, no sé -dijo la profesora-. Salvo que se refiera a esa muchachita tan tímida que dejó de venir al colegio después de varios días de asistencia.» No, dije. No me refiero a ésa. ¡Me refiero a mi hija Laura, que ha estado viniendo aquí todos los días durante las seis últimas semanas! «Excúseme» -dijo ella-. Y tomó el libro de asistencias y allí estaba tu nombre, inconfundible, impreso, y todas las fechas en que habías faltado. Sin embargo, le repetí que se equivocaba. Le dije: «¡Debe de haber algún error! ¡Alguna confusión en los archivos!» «No -dijo la profesora-. Ahora la recuerdo perfectamente. ¡Era tan tímida y sus manos temblaban tanto, que sus dedos no lograban tocar el teclado de la máquina! ¡Cuando hicimos un examen de velocidad... desfalleció por completo... empezó a dolerle el estómago y tuvimos que llevarla al lavabo! Después de eso, ya ni volvió. Telefoneamos todos los días a su casa y no obtuvimos respuesta.» (*Se levanta y se va a la derecha, centro.*) Esto sucedió cuando yo trabajaba durante todo el día en ese bazar, supongo, exhibiendo esos... (*Hace con las manos una alusión al corpiño.*) ¡Oh! ¡Me sentí tan débil que no pude mantenerme en pie! (*Se sienta en la butaca.*) ¡Tuve que sentarme mientras me alcanzaban un vaso de agua! (*Laura va hacia el fonógrafo.*) Cincuenta dólares por los cursos. No me importa tanto el dinero, pero todas mis esperanzas de que tuvieras un porvenir se esfumaron... así, como si tal cosa. (*Laura le*

da cuerda al fonógrafo.) ¡Oh, no hagas eso! ¡No hagas funcionar ese fonógrafo!

LAURA: ¡Oh! *(Detiene el aparato, va hacia la mesita de la máquina de escribir y se sienta.)*

AMANDA: ¿Qué hiciste todos los días en que fingiste ir a la escuela Rubicam?

LAURA: Estuve paseando.

AMANDA: ¡No es cierto!

LAURA: Sí, mamá. Paseando, nada más.

AMANDA: ¿Paseando? ¿Paseando? ¿En invierno? ¿Cortejando deliberadamente a una pulmonía con ese abrigo liviano? ¿A dónde fuiste, Laura?

LAURA: A diversos lugares... Más que nada, al parque.

AMANDA: ¿Aun cuando empezó ese resfriado?

LAURA: Era el menor de los dos males, mamá. Yo no podía volver. ¡Había vomitado en el suelo!

AMANDA: ¿Quieres convencerme de que todos los días, desde las siete y media hasta después de las cinco de la tarde, te paseabas por el parque, porque querías hacerme creer que ibas aún a la Escuela Comercial Rubicam?

LAURA: ¡Oh, mamá! Eso no era tan malo como parece. Yo entraba en algunos edificios a calentarme.

AMANDA: ¿Dónde?

LAURA: En el museo de pintura y en las pajareras del Zoo. ¡Visitaba todos los días a los pingüinos! A veces no almorzaba y me iba al cine. Últimamente, pasé la mayoría de mis tardes en el Alhajero, esa gran casa de cristal donde cultivan flores tropicales.

AMANDA: ¡Hiciste todo eso para engañarme, nada más que para engañarme! ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

LAURA: ¡Mamá, cuando estás desilusionada, tu rostro tiene el mismo aire sufriente del retrato de la madre de Jesús en el museo! *(Se levanta.)*

AMANDA: ¡Cállate!

LAURA *(va hacia su zoo)*: Yo no podía afrontarlo. No podía.

AMANDA *(levantándose)*: Y bien... ¿Qué haremos ahora, querida, el resto de nuestra vida? ¿Quedarnos sentadas, simplemente mirando pasar el desfile? ¿Divertirnos con el zoo de cristal? ¿Ejecutar eternamente esos discos gastados que tu padre nos dejó como un doloroso recuerdo suyo? *(Cierra ruidosamente el fonógrafo.)* No podemos estudiar una carrera comercial. No, no podemos. Eso sólo nos causa indigestión. ¿Qué nos queda ahora sino depender de otros durante el resto de nuestras vidas? Créeme, Laura: sé perfectamente qué les pasa a las mujeres solteras que no están preparadas para ocupar una posición en la vida. *(Va a la izquierda y se sienta sobre el sofá-cama.)* He visto casos tan lamentables en el Sur... solteronas apenas toleradas que vivían de la caridad de una cuñada... metidas en alguna ratonera... hostigadas por la cuñada para que se fueran a vivir con otra cuñada...

como golondrinas... sin nido... ¡comiendo la corteza de la humillación durante toda su vida! ¿Es ése el futuro que nos hemos trazado? Juro que no veo otra alternativa. Y no creo que esa alternativa sea muy agradable. Desde luego... algunas muchachas se casan. ¡Dios mío, Laura! ¿No te ha gustado nunca un joven?

LAURA: Sí, mamá. En cierta ocasión, me gustó uno.

AMANDA: ¿De veras?

LAURA: Hace algún tiempo, encontré su retrato.

AMANDA: ¿También te dio su retrato? *(Se levanta y se va hacia la butaca.)*

LAURA: No, su fotografía figura en el anuario.

AMANDA *(se sienta en la butaca)*: Ah... Un joven del colegio de secundaria.

LAURA: Sí. Se llamaba Jim. *(Arrodillándose en el suelo, saca el anuario de debajo del zoo de cristal.)* Aquí está, en *Los piratas de Penzance*.

AMANDA *(distráidamente)*: ¿En el qué?

LAURA: Me refiero a la opereta que representaron los alumnos del último curso. Él y yo estábamos sentados en las puntas de banco opuestas del pasillo, en el salón de actos. ¡Aquí está, con una copa de plata que le dieron por sus éxitos en las polémicas! ¿Ves su sonrisa?

AMANDA: ¿De modo que también sonreía? *(Mira la fotografía del padre, que pende de la pared detrás del fonógrafo. Le devuelve el anuario.)*

LAURA: Solía llamarme... Blue Roses.

AMANDA: ¿Blue Roses? ¿Por qué te dio un nombre tan tonto?

LAURA *(arrodillada, todavía)*: Cuando tuve ese ataque de pleurosis... me preguntó qué me había pasado cuando volví. Le dije que había tenido pleurosis... y él entendió «Blue Roses». De modo que, desde entonces, me llamó así. Siempre que me veía, gritaba: «¡Hola, Blue Roses!» La muchacha con quien salía Jim no me importaba. Emily Meisenbach. ¡Oh, Emily era la muchacha mejor vestida de Soldán! Pero nunca me pareció sincera... En cierta ocasión, leí en un periódico que eran novios. *(Pone el anuario sobre un estante del zoo de cristal.)* Eso sucedió hace mucho tiempo... Es probable que ya se hayan casado.

AMANDA: Está bien, querida, está bien. No importa. Las muchachitas que han nacido para las carreras comerciales suelen terminar casándose con jóvenes muy guapos. ¡Y yo cuidaré que te suceda lo mismo!

LAURA: Pero mamá...

AMANDA: ¿Qué pasa?

LAURA: Soy una... ¡tullida!

AMANDA: ¡No pronuncies esa palabra! *(Se levanta y va hacia Laura.)* ¡Cuántas veces te he dicho que no la pronuncies! No eres una tullida, sólo tienes un leve defecto. *(Laura se levanta.)* Si hubieras vivido en mis tiempos de muchacha, cuando barriamos el suelo con largas y graciosas faldas, eso hasta habría sido una ventaja. Cuando se tiene una ligera dificultad como ésa, basta con desarrollar alguna otra cualidad en su lugar, la seducción... o la vivacidad... ¡o el encanto! *(Reflector sobre la fotografía. Se apaga.)* ¡Eso es lo único que tenía en

abundancia tu padre...! ¡Encanto! *(Se sienta en el sofá-cama. Laura va hacia la butaca y se sienta. Se apagan las luces en escena.)*

ESCENA TERCERA

Escenario: El mismo. Las luces vuelven a encenderse, pero sólo en la callejuela de la derecha y sobre la escalera de emergencia: el resto del escenario sigue en la oscuridad. (La mesa de la máquina de escribir y ésta han sido retiradas.) Entra Tom, otra vez con su abrigo de marinero y su gorra tejida, por la callejuela de la derecha. Se oye música. Cuando ésta concluye, Tom empieza a hablar.

TOM (*apoyado contra el enrejado de la escalera de emergencia, fumando*): Después del fracaso en la Escuela Comercial Rubicam, la idea de encontrar un candidato para mi hermana Laura empezó a desempeñar un papel cada vez más importante en los cálculos de mi madre. Se convirtió en una obsesión. Como un arquetipo del inconsciente universal, la imagen del candidato rondaba nuestro apartamento. Rara vez transcurría una de nuestras veladas sin alguna alusión a aquella imagen, a aquel espectro, a aquella esperanza... Y hasta cuando no lo mencionábamos, su presencia persistía en el aire inquieto de mi madre y en los modales asustados de mi hermana, en su aire de excusa. ¡Persistía, como una sentencia dictada contra los Wingfield! Pero mi madre era una mujer de acción, no sólo de palabra. (*Música.*) Comenzó a dar pasos lógicos en la dirección proyectada. Ya algo más avanzado el invierno y a comienzos de la primavera -comprendiendo que se necesitaba dinero extra para preparar adecuadamente el nido y adornar al pájaro-, inició una vigorosa campaña telefónica, consiguiéndole suscriptoras a una de esas revistas para matronas llamada *La Amiga de la Dueña de Casa*, que publican en folletín las elucubraciones de las literatas que hablan de delicados senos que parecen copas, de talles delgados y ahusados, de muslos abundantes y de color cremoso, de ojos semejantes al humo de la madera en otoño, de dedos que calman y acarician como suaves, suavísimas melodías, de cuerpos poderosos como estatuas etruscas.

(Sale por los bastidores de la derecha. Se apagan las luces en la callejuela de la derecha y se ilumina la cabeza de Amanda, que habla por teléfono en la sala. La música concluye cuando Tom cesa de hablar.)

AMANDA: ¿Ida Scott? (*Durante esta conversación, Tom entra en el comedor por el foro derecho sin ser visto por el público y sin abrigo ni sombrero. Sobre la mesa, hay una lámpara de leer no encendida. Tom se sienta junto a la mesa del comedor, con ánimo de escribir*). Habla Amanda Wingfield. El lunes último la echamos de menos en la DAR. Oh, antes

que nada, quisiera saber... ¿Cómo sigue su sinusitis? ¡Usted es simplemente una mártir cristiana! Bueno, acabo de hojear mi libro rojo y he visto que su suscripción al *Companion* está casi vencida... y precisamente ahora, cuando comienza ese nuevo y maravilloso folletín de Bessie Mae Harper. Es el primero que escribe desde *Luna de miel para tres*, que fue algo poco común... ¿verdad? Pues éste, Ida, es mejor aún. Se refiere a los caballos mecánicos de Long Island y a una muchacha que se cae del suyo mientras lo hace saltar en las... regatas. Su... su columna vertebral queda... lesionada. La culpa es del caballo... que la pisa. Ahora bien, en el mundo entero sólo hay un cirujano que pueda salvarla de la parálisis total, y es el hombre con quien está comprometida para casarse, y es rubio y guapo. También esto es poco usual... ¿verdad? Oh, su novio no es perfecto. Claro que tiene una debilidad. La debilidad más terrible del mundo. Bebe demasiado. ¿Qué? Oh, no, querida. No deje que se quemen. Vaya a echar una miradita en el horno y seguiré hablando... ¡Oh! ¡Esa mujer! ¿Sabes qué me hizo? ¡Me colgó el teléfono! *(Se apagan las luces del comedor y de la sala. Al mismo tiempo, se enciende la lámpara de leer.)*

LAURA: Oh, mamá, mamá. Tom está tratando de escribir.

(Se levanta de la butaca donde se quedó sentada al bajar el telón en la escena anterior y va hacia la cortina que separa el comedor de la sala; descorrida ya.)

AMANDA: ¡Oh! ¿De veras? *(Deja el teléfono, va al comedor y se acerca a Tom.)*

TOM *(junto a la mesa)*: Vamos... ¿Qué estás tramando?

AMANDA: Trato de protegerte la vista. *(Está atareada con la lámpara.)* Sólo tienes un par de ojos y debes cuidarlos. Oh, ya sé que Milton era ciego, pero no fue un genio por eso.

TOM: Mamá... ¿Quieres hacerme el favor de irte y de dejarme terminar de escribir?

AMANDA *(le endereza los hombros)*: ¿Por qué eres incapaz de sentarte derecho... para que tus hombros no asomen como alas de gorrión?

TOM: Mamá, haz el favor de ocuparte de otra cosa. Estoy tratando de escribir.

AMANDA *(atareada con Tom)*: Mira, he visto un cuadro anatómico y sé qué efecto causa esa posición sobre tus vísceras. Incorpórate y te lo mostraré. Tu estómago oprime tus pulmones y tus pulmones oprimen tu corazón y ese pobre corazoncito se desalienta porque no le queda sitio para seguir latiendo por ti.

TOM: ¿Qué diablos...

(Las cortinas internas que separan la sala del comedor se corren. Las luces del comedor se apagan. Laura se para junto a las cortinas de la sala,

escuchando la conversación siguiente entre Tom y Amanda. Estos se quedan en el comedor mientras discuten.)

AMANDA: No me hables así...

TOM (*concluyendo su frase anterior*):... se supone que debo hacer?

AMANDA: ¿Qué te pasa? ¿Has perdido el juicio?

TOM: Sí. Me lo has quitado tú.

AMANDA: ¿Qué te sucede en estos últimos tiempos, gran... gran estúpido?

TOM: Mira, mamá... En esta casa, no me queda un solo objeto... un solo objeto que pueda llamar mío.

AMANDA: ¡Baja la voz!

TOM: ¡Ayer secuestraste mis libros! Tuviste el descaro de...

AMANDA: Así es. Le devolví a la biblioteca pública esa horrible novela... y el espantoso libro de ese demente que es el señor Lawrence. No puedo fiscalizar la producción de una mente enferma ni a la gente que proporciona ese material, pero no permitiré en mi casa semejante inmundicia. ¡No, no, no, no, no!

TOM: ¡Casa, casa! ¿Quién paga el alquiler de la casa, quién vive como un esclavo para...?

AMANDA: ¡No te atrevas a hablarme así! (*Laura se acerca a la butaca.*)

TOM: ¡No, yo no debo decir nada! ¡Simplemente, tengo que quedarme callado y dejar que tú te encargues de hablar!

AMANDA: ¡Espera, te diré algo!

TOM: No quiero oír más.

AMANDA: Oírás más...

(Laura va hacia el fonógrafo.)

TOM (*franqueando las cortinas que separan el comedor de la sala. Va al foro, donde, en un lugar oscuro, se supone hay un armario*): Bueno, no seguiré escuchando. Me voy. (*Toma su abrigo.*)

AMANDA (*entrando en la sala, se detiene en el centro*): Me vas a escuchar, Tom Wingfield. Estoy cansada de tu insolencia. Y, otra cosa... ¡Se me está acabando la paciencia!

TOM (*tomando su abrigo del respaldo de la butaca y yendo hacia Amanda*): ¿Y crees que a mí no se me acaba, mamá? ¿Se supone que mi paciencia es infinita? Ya lo sé. Ya lo sé. No te importa mucho lo que estoy haciendo... lo que estoy tratando de hacer... ¡diferenciar ambas cosas! Tú, no lo crees así.

AMANDA: Creo que estás haciendo cosas que te avergüenzan y que por eso obras así. (*Tom se acerca al sofá-cama y se sienta.*) No creo que vayas todas las noches al cine. Nadie va al cine todas las noches. Nadie que esté en su sano juicio va al cine casi a medianoche y la gente no sale de allí a las dos de la mañana. Ni entra en casa tropezando y murmurando como los locos. Duermes tres horas y te vas al trabajo. ¡Oh, me

imagino qué haces allí! Dormitas, te pasas las horas en un constante sopor, porque no estás en condiciones de trabajar.

TOM: Es cierto..., es muy, muy cierto. ¡No estoy en condiciones de trabajar!

AMANDA: ¿Cómo te atreves a arriesgar tu empleo? ¿A arriesgar nuestra seguridad? ¿Cómo crees que podemos componérselas para...? (*Se sienta en la butaca.*)

TOM: Oye, mamá. ¿Crees que estoy loco por la zapatería? ¿Crees que estoy enamorado de la Continental Shoemakers? ¿Crees que quiero pasarme cincuenta y cinco años de mi vida ahí, en ese interior de celotex... con... tubos fluorescentes! ¡Palabra de honor que preferiría tomar una pistola y saltarme los sesos... antes que volver por las mañanas! ¡Pero voy! ¡Claro, cada día entras gritando ese maldito: «¡Levántate y lúcete! ¡Levántate y lúcete!»! ¡Pienso en cuan dichosos son los muertos! Pero me levanto. (*Se levanta del sofá-cama.*) ¡Voy! ¡Por sesenta y cinco dólares mensuales, renuncio a todo lo que sueño con hacer y ser siempre! Y dices que sólo pienso en eso. ¡Oh, Dios mío! Pero, mamá... Si sólo pensara en mí mismo, estaría donde está él... ¡Me habría marchado! (*Va a tomar el abrigo, colgado sobre el respaldo de la butaca.*) ¡Me habría ido todo lo lejos que me lo permitiera el sistema de transportes! (*Amanda se levanta, se le acerca y lo aferra del brazo.*) ¡Por favor, no me agarres, mamá!

AMANDA (*siguiéndolo*): No te agarro. Quiero saber adonde vas ahora.

TOM (*toma el abrigo y se dirige hacia la puerta de la derecha*): ¡Voy al cine!

AMANDA: ¡No creo en esa mentira!

TOM (*va hacia Amanda*): ¿No? Pues bien: tienes razón. Por una vez en tu vida, tienes razón. No voy al cine. ¡Voy a los fumaderos de opio! Sí, mamá, a los fumaderos de opio, guaridas del vicio y refugio de los criminales. He ingresado en la banda de Hogan. Soy un asesino asalariado. ¡Llevo una pistola ametralladora en un estuche de violín! ¡Poseo una cadena de burdeles en el valle! ¡Me llaman el Asesino, el Asesino Wingfield! En realidad, llevo una doble vida. De día, soy un sencillo y honrado dependiente de zapatería, pero de noche soy un dinámico zar del hampa. ¡Voy a los garitos y derrocho allí una fortuna en la ruleta! Tengo un parche sobre un ojo y un bigote postizo: a veces patillas verdes. En esas ocasiones, me llaman... ¡El Diablo! ¡Oh, podría decirte cosas que te desvelarían! ¡Mis enemigos proyectan dinamitar alguna noche esta vivienda! Y entonces, nos harán volar hasta los cielos. ¡Y cómo me alegraré! ¡Qué feliz me sentiré! Y tú también. Tú volarás muy arriba... cada vez más arriba... ¡por sobre Blue Mountain, cabalgando en una escoba! Con diecisiete candidatos. ¡Vieja bruja charlatana!

(*Ejecuta una serie de movimientos violentos y torpes, aferrando su abrigo, abalanzándose hacia la puerta de la derecha, tirando con vehemencia de ella. Las mujeres lo contemplan con espanto. El brazo de Tom está atrapado*

dentro de la manga del abrigo cuando se esfuerza por ponérselo. Por un momento, queda sujeto por la holgada prenda. Con un grito de furor, vuelve a arrancarse el abrigo, rasgando el hombro del mismo y lo tira impetuosamente. El abrigo choca contra el estante de la colección de animalitos de Laura y se oye el tintineo del cristal que se hace añicos. Laura grita como si la hubiesen herido.)

LAURA: ¡Mi zoo... de cristal! *(Se tapa la cara y les vuelve la espalda.)*

AMANDA *(con voz terrible)*: ¡Nunca te volveré a hablar mientras vivas, a menos que me pidas perdón!

(Sale por entre las cortinas de la sala. Tom se queda con Laura. La mira absorto y con aire estúpido durante unos instantes. Luego, va hacia el estante donde está el zoo de cristal. Se deja caer torpemente de rodillas, para recoger los fragmentos, mirando a Laura como si quisiera hablar y no pudiese hacerlo. Se apagan las luces.)

ESCENA CUARTA

El interior está a oscuras. Débil luz en la callejuela de la derecha.

Una campana de grave voz da las cinco en una iglesia al iniciarse la escena.

Tom aparece en la callejuela de la derecha. Después de cada una de las solemnes campanadas de la torre, agita una pequeña matraca de juguete, como para expresar el diminuto espasmo del hombre en contraste con el sostenido poder y dignidad del Todopoderoso. Esto y la poca firmeza de su andar, revelan inequívocamente que ha estado bebiendo.

Cuando sube por los peldaños que llevan al rellano de la escalera, la luz se insinúa dentro. Laura aparece en camión, entrando en la sala y contempla la cama vacía (el sofá-cama) de Tom.

Tom hurga en sus bolsillos, buscando la llave de la puerta, y saca un heterogéneo conjunto de objetos durante su búsqueda, inclusive una verdadera lluvia de talones de entradas de cinematógrafo y una botella vacía. Finalmente, encuentra la llave, pero cuando se dispone a introducirla en la cerradura se le escurre de entre los dedos. Enciende un fósforo y se inclina junto a la puerta para buscarla.

TOM (con amargura): Una hendidura... ¡y cae al otro lado!

(Laura abre la puerta de la derecha. Los párrafos siguientes se dicen sobre el rellano.)

LAURA: Tom, Tom... ¿qué estás haciendo?

TOM: Buscando una llave.

LAURA: ¿Dónde has estado hasta ahora?

TOM: En el cine.

LAURA: ¿Tanto tiempo?

TOM: El programa era muy largo. Figuraba una película de la Garbo y un dibujo animado del Ratón Mickey y un documental de un viaje y un noticiario y una «cola» de publicidad de futuros filmes. ¡Y hubo un solo de órgano y una colecta para el fondo de la copa de leche - simultáneamente- que concluyó en una terrible lucha entre una señora gorda y un acomodador!

LAURA (ingenuamente): ¿Tuviste que ver todo eso?

TOM: ¡Claro! Y... ¡Oh, me olvidaba! ¡Hubo una gran presentación teatral! El primer actor de aquel espectáculo era Malvolio el Mago. Ejecutó unas

maravillosas suertes de prestidigitación, muchas maravillosas suertes, tal como la de trasegar agua ida y vuelta entre cántaros. Primero la convertía en vino y luego en cerveza y finalmente en whisky. Sé que concluyó por transformarla en whisky porque Malvolio necesitó que subiera un espectador a ayudarlo y subí yo... ¡en las dos funciones! Se trataba de whisky de centeno Kentucky Straight. Malvolio era muy generoso, regalaba cosas como recuerdos. *(Saca del bolsillo trasero del pantalón un tornasolado chal, con los colores del arco iris.)* Me dio esto. Su chal mágico. Puedes quedarte con él, Laura. Si lo agitas sobre una jaula con canarios, conseguirás una pecera con carpas de un rojo dorado. Agítalo sobre la pecera y saldrán volando canarios... Pero la más maravillosa de las suertes fue el truco del ataúd. Encerramos al mago dentro de un ataúd, clavando la tapa y salió sin sacar un clavo. *(Entran.)* He aquí un truco que me resultaría muy útil... ¡para salir de esa cueva de dos por cuatro! *(Se deja caer en el sofá-cama y empieza a quitarse los zapatos.)*

LAURA: Tom... ¡Cállate!

TOM: ¿Por qué me impones silencio?

LAURA: ¡Despertarás a mamá!

TOM: ¡Vaya! ¡Así le pagaré por todos esos «Levántate y lúcite»! *(Se acuesta, gruñendo.)* Ya sabes que no hace falta mucha inteligencia para meterse en un ataúd de tapa clavada. Pero... ¿quién diablos consiguió salir alguna vez de un ataúd sin quitar un clavo?

(Como en respuesta se ilumina la sonriente fotografía del padre de ambos. Laura sale por el foro izquierdo. Las luces se esfuman, salvo el resplandor azul del comedor. Pausa al desaparecer las luces; luego, se oyen seis campanadas. Suena el despertador. Se apagan las luces en el proscenio.)

ESCENA QUINTA

El escenario es el mismo. La acción prosigue inmediatamente. La campana de la iglesia da las seis. A la sexta campanada, suena el despertador en la habitación de Amanda, a la derecha del comedor, y a los pocos instantes la oímos llamar «¡Levántate y lícete! Laura, ve y dile a tu hermano que se levante y se luzca!»

TOM (*sentándose lentamente en el sofá-cama*): Me levantaré... pero no me luciré. (*La luz se acentúa.*)

AMANDA (*detrás de la escena*): Laura, dile a tu hermano que su café está preparado. (*Entra en la sala Laura, vestida de pies a cabeza, con una capa sobre los hombros. Tom está todavía en la cama, cubierto con una frazada, habiéndose quitado solamente los zapatos y la chaqueta.*)

LAURA: ¡Tom! Son casi las siete. No irrites a mamá. (*Tom la mira absorto, estúpidamente. Ella prosigue, con aire suplicante.*) ¡Tom, háblale a mamá esta mañana! ¡Reconcíliate con ella, discúlpate, habla!

TOM (*poniéndose los zapatos*): Mamá no me hablará a mí. Fue ella la primera en no hablar.

LAURA: Si te disculpas, volverá a hablarte.

TOM: ¿Es una tragedia tan grande... el hecho de que no me hable?

LAURA: ¡Por favor... por favor!

AMANDA (*gritando, desde la cocina*): Laura... ¿Vas a hacer lo que te he pedido, o tendré que vestirme e ir yo misma?

LAURA: ¡Voy, voy...! ¡Apenas me ponga el abrigo! (*Se levanta y va hacia la puerta de la derecha.*) Manteca... ¿y qué más? (*A Amanda.*)

AMANDA (*siempre desde la cocina*): Manteca, solamente. Dile que la carguen en cuenta.

LAURA: Mamá... ¡Hacen unas muecas cuando les digo eso!

AMANDA (*desde la cocina*): Obras son amores... ¡pero las muecas del señor Garfinkel no nos causarán daño! Dile a tu hermano que se le enfría el café.

LAURA (*junto a la puerta*): Haz lo que te he pedido... ¿Lo harás, Tom? ¿Lo harás? (*Él rehuye hoscamente su mirada.*)

AMANDA: ¡Laura, ve de una vez, o no vayas y se acabó!

LAURA (*precipitándose afuera, por la derecha*): ¡Voy... voy! (*Al cabo de un segundo, profiere una exclamación. Se ha caído de la escalera. Tom se levanta de un salto y va hacia la derecha. Amanda acude corriendo ansiosamente del comedor y deja los platos sobre la mesa. Tom abre la puerta de la derecha.*)

TOM: ¡Laura!

LAURA: Estoy perfectamente. Me caí, pero estoy bien. *(Se va por la callejuela.)*

AMANDA *(sobre la escalera)*: Te digo que si alguien se cae y se rompe una pierna sobre los peldaños de la escalera de emergencia, hay que entablar juicio contra el dueño de la casa hasta por el último centavo que... *(Ve a Tom.)* ¿Quién es usted? *(Deja el rellano, va al comedor y vuelve con platitos, una tacita de café, crema, etcétera. Los pone sobre la mesita que está a la derecha del sofá-cama. Va hacia la butaca, se sienta. Se oye música. Cuando Tom vuelve a entrar apáticamente para tomar su café, ella le vuelve la espalda, en su butaca. La luz que se proyecta sobre su semblante, con sus envejecidas pero pueriles facciones, es cruelmente severa, satírica como una estampa de Daumier. Tom mira tímidamente pero con aire hosco la figura de su madre y se sienta en el sofá-cama, cerca de la comida. El café está tan caliente que quema: Tom lo sorbe, profiere una exclamación y lo escupe en la taza. Al oírlo, Amanda se queda sin aliento y se vuelve a medias. Entonces, se domina y le da la espalda nuevamente. Tom sopla sobre su café, mirando de soslayo a su madre. Amanda carraspea. Tom alza la taza con ambas manos para soplar sobre el café y contempla a su madre por sobre los bordes durante unos instantes. Luego, deja lentamente la taza y se levanta con aire torpe y vacilante.)*

TOM *(con voz ronca)*: Perdóname, mamá. Lamento todo lo que te dije. No hablaba con intención. Te presento mis excusas.

AMANDA *(sollozando)*: ¡Mi devoción ha hecho de mí una bruja y me ha vuelto aborrecible para mis hijos!

TOM: No, no hay tal cosa.

AMANDA: ¡Me preocupo tanto, no duermo, eso me irrita los nervios!

TOM *(con dulzura)*: Lo comprendo.

AMANDA: Tú sabes que he debido librar una batalla solitaria en estos años. ¡Pero tú eres mi mano derecha, mi paladín! No me desampares. No me abandones.

TOM *(con dulzura)*: Lo intentaré, mamá.

AMANDA *(con gran entusiasmo)*: ¡Eso es! Debes seguir intentándolo y triunfarás. Pero si... ¡si te sobran dones naturales! Les sobran a mis dos hijos... son hijos de mucha valía y tengo muchísimas razones para agradecerse a Dios. Sólo debes prometerme una cosa. *(Cesa la música.)*

TOM: ¿Cuál mamá?

AMANDA: ¡Prométeme que nunca serás un borracho!

TOM: Te lo prometo, mamá. Nunca seré un borracho.

AMANDA: Eso era lo que me asustaba tanto... ¡el que estuvieras bebiendo! Come un plato de purina.

TOM: Sólo tomaré café, mamá.

AMANDA: ¿Un bizcocho de trigo integral?

TOM: No, no, mamá. Sólo café.

AMANDA: No puedes abordar una jornada de trabajo con el estómago vacío. Te quedan diez minutos... ¡No tragues el café de golpe! Bebiendo líquidos demasiado calientes se forma un cáncer en el estómago... Pon crema.

TOM: No, gracias.

AMANDA: Para enfriarlo.

TOM: ¡No! No, gracias. Lo quiero negro.

AMANDA: Lo sé, pero no te hace bien. Tenemos que hacer todo lo posible por tonificarnos. En estos tiempos difíciles en que vivimos, sólo debemos pensar en... aferrarnos los unos a los otros... Por eso es tan importante que... Tom yo... yo alejé a tu hermana para poder hablar de un asunto contigo. Si no me hubieses hablado yo te habría hablado a ti. (Se sienta.)

TOM (*con dulzura*): ¿De qué quieres hablarme, mamá?

AMANDA: ¡De Laura! (Tom deja lentamente la taza.)

TOM: Oh, Laura...

AMANDA (*tocándole la manga*): Ya sabes cómo es Laura. Tan callada, pero... ¡cuidado con el agua mansa! Se fija en las cosas y creo que... medita sobre ellas. (Tom alza los ojos.) Hace unos días la encontré llorando.

TOM: ¿Cuál era el motivo?

AMANDA: Tú.

TOM: ¿Yo?

AMANDA: Cree que no eres feliz aquí.

TOM: ¿Cómo se le ha ocurrido semejante cosa?

AMANDA: ¿Cómo se le ocurren todas las cosas? De cualquier modo, no cabe duda que obras de una manera extraña. (Tom deja con vehemencia la taza sobre la mesita.) Yo... ¡yo no te critico, entiéndelo bien! Sé que tus ambiciones no están en la zapatería, que como toda la gente del mundo... debes hacer... sacrificios... Pero Tom...Tom... la vida no es fácil, exige... ¡una resistencia espartana! ¡Hay tantas cosas en mi corazón que no puedo describirte! Nunca te lo dije, pero... yo amaba a tu padre...

TOM (*con dulzura*): Lo sé, mamá.

AMANDA: Y... ¡cuando veo que imitas sus costumbres! Acostándote muy tarde y... ¡bueno, tú habías bebido la noche en que te hallabas en ese... estado horrible! ¡Laura dice que detestas el apartamento y que sales de noche para huir de él! ¿Es cierto eso, Tom?

TOM: No. Tú dices que hay en tu corazón muchas cosas que no podrías explicarme. Lo mismo puede decirse de mí. ¡Hay en mi corazón tantas cosas que no puedo describirte! De modo que respetémonos el uno al otro...

AMANDA: Pero... ¿por qué, por qué estás siempre tan inquieto, Tom? ¿Adonde vas de noche?

TOM: Voy... al cine...

AMANDA: ¿Por qué vas tanto allí, Tom?

TOM: Voy al cine porque... me gusta la aventura. La aventura no abunda donde trabajo, de modo que voy al cine.

AMANDA: Pero Tom... ¡Vas demasiado al cine!

TOM: Me gusta ver muchas aventuras.

(Amanda parece perpleja, luego herida. Cuando se reanuda el familiar interrogatorio, Tom vuelve a mostrarse duro e impaciente. Amanda retorna a su actitud quejumbrosa.)

AMANDA: La mayoría de los jóvenes hallan aventura en sus carreras.

TOM: Pero la mayoría de los jóvenes no están empleados en una zapatería.

AMANDA: El mundo está lleno de jóvenes empleados en zapaterías y oficinas de fábricas.

TOM: ¿Encuentran todos ellos aventura en sus carreras?

AMANDA: ¡Sí! ¡O salen del paso sin ella! No todos tienen esas locas ansias de aventura.

TOM: ¡El hombre es por instinto un amante, un cazador, un luchador y ninguno de esos instintos encuentra mucho campo de acción en la zapatería!

AMANDA: ¡Que lo es por instinto, dices! ¡No me cites el instinto! ¡El instinto es algo que la gente ha abandonado! ¡Pertenece a los animales! ¡Los cristianos adultos no lo necesitan!

TOM: ¿Qué quieren, pues, los cristianos adultos, mamá?

AMANDA: ¡Cosas superiores! ¡Cosas de la mente y del espíritu! ¡Sólo los animales necesitan satisfacer sus instintos! ¡Con toda seguridad tus objetivos son más elevados que los suyos! Que los de los monos... los cerdos...

TOM: Creo que no.

AMANDA: Bromeas. Pero no es de eso de lo que quiero hablarte.

TOM *(levantándose)*: No me queda mucho tiempo.

AMANDA *(apoyándole las manos sobre los hombros)*: Siéntate.

TOM: ¿Quieres que llegue tarde al trabajo, mamá?

AMANDA: Te quedan cinco minutos. Quiero hablarte de Laura.

TOM: ¡Perfectamente! ¿Qué pasa con Laura?

AMANDA: Tenemos que trazarnos algunos planes para su futuro. Te lleva dos años y no ha pasado nada. Vive a la deriva, sin hacer nada. Me asusta terriblemente ver cómo vive a la deriva.

TOM: Creo que Laura es una de esas muchachas que la gente llama de su casa.

AMANDA: ¡No hay tales muchachas y, si las hay, es una lástima! ¡Eso, a menos que la casa sea suya, con un marido!

TOM: ¿Qué dices?

AMANDA *(acercándose a la butaca)*: ¡Oh, veo con tanta claridad la advertencia del destino! ¡Es terrorífica! ¡Me recuerdas cada vez más a tu padre! ¡Volvía a altas horas de la noche, sin darme ninguna

explicación! (*Se sienta en la butaca.*) Luego... ¡se fue! ¡Adiós! Y yo, a cargar con todo. Vi la carta que recibiste de la Marina Mercante. Sé con qué estás soñando. No estoy ciega. Muy bien, pues. ¡Hazlo! Pero no antes de que alguien ocupe tu lugar.

TOM: ¿Qué quieres decir?

AMANDA: ¡Quiero decir que, apenas Laura haya encontrado a quien cuide de ella, apenas se haya casado y tenga su hogar independiente, estarás en libertad de irte adonde se te antoje! (*Se levanta, se acerca a Tom.*) ¡Por la tierra, por el mar, adonde te lleve el viento! Pero hasta entonces tienes que cuidar a tu hermana. (*Va a la derecha, se ubica detrás de la butaca.*) ¡No hablo de mí porque soy vieja y carezco de importancia! Lo digo por tu hermana, porque es joven y confiada. La envié a la escuela comercial... ¡y fue un lamentable fracaso! Se asustó tanto que tuvo un vómito. La llevé a la Liga de la Gente Joven, de la iglesia. Otro fracaso. No habló con nadie y nadie habló con ella. (*Se sienta en la butaca.*) Ahora, sólo juega estúpidamente con esos pedazos de vidrio y pone en el fonógrafo esos gastados discos. ¿Qué vida es ésa para una muchacha?

TOM: ¿Qué puedo hacer para remediarla?

AMANDA: ¡Superar tu egoísmo! ¡Yo, yo, yo! ¡Sólo piensas en eso! (*Tom se levanta de un salto y va a la derecha, toma su abrigo y se lo pone. Es feo y demasiado grande. Se encasqueta una gorra con orejeras.*) ¿Dónde está tu bufanda? ¡Ponte tu bufanda de lana! (*La arranca con irritación de la clavija, la arroja sobre el cuello de Tom y junta bien ambos extremos.*) ¡Tom! No te dije lo que me proponía pedirte.

TOM: Estoy demasiado retrasado para...

AMANDA (*asiéndolo del brazo, con insistencia, prosigue tímidamente*): ¿No hay en la zapatería algunos... jóvenes que valgan la pena?

TOM: ¡No!

AMANDA: Debe haber... algunos...

TOM: Mamá... (*Gesto.*)

AMANDA: Busca a alguno de vida honesta... que no beba... ¡e invítalo para tu hermana!

TOM: ¿Qué dices?

AMANDA: ¡Para tu hermana! ¡Para que se encuentren y se conozcan!

TOM (*yendo con pesados pasos hacia la puerta de la derecha*): ¡Oh, Dios mío!

AMANDA: ¿Lo harás? (*Tom abre la puerta. Suplicante.*) ¿Lo harás? (*Él sale.*) ¿Lo harás? ¿Lo harás, querido? (*Tom se va por la callejuela de la derecha. Amanda está en el rellano.*)

TOM (*sin volverse*): ¡Sí!

AMANDA (*vuelve a entrar y va al teléfono*): ¿Ella Cartwright? Ella, habla Amanda Wingfield. En primer lugar... ¿Cómo sigue de los riñones? ¡Oh! ¿De veras? ¿Han vuelto a dolerle? Bueno, usted es simplemente una mártir cristiana, una mártir cristiana. He notado en mi libreta de apuntes que su suscripción al *Companion* acaba de terminar,

justamente ahora que empieze el maravilloso folletín de Bessie Mae Harper. El tema son esos caballos mecánicos de Long Island. ¡Oh! ¿De veras? ¿Lo está leyendo? Bueno. ¿Cómo cree que terminará? ¡Oh, no! Bessie Mae Harper nunca la defrauda a una. Oh, naturalmente, una necesita complicaciones. Las complicaciones son indispensables -oh, no se concibe una novela sin ellas- pero Bessie Mae Harper siempre deja una sensación tal de exaltación... ¿Qué pasa, Ella? Su voz está tan rara. Ah... ¡Es porque son las siete de la mañana! ¡Oh, Ella! Olvidé que usted nunca se levanta antes de las nueve. Olvidé que todo el mundo tiene derecho a dormir hasta esa hora. Sólo puedo decir que lo siento... ¿verdad? ¡Ah! ¿Lo hará? ¿Se suscribirá, de todos modos? Bueno, que Dios la bendiga, Ella, que Dios la bendiga, que Dios la bendiga. (Se apagan las luces.)

ESCENA SEXTA

Escenario: El mismo. Sólo la callejuela de la derecha está iluminada, con una vaga luz.

TOM (*entra por la derecha y se apoya como antes contra el enrejado, con el cigarrillo; viste su abrigo de marinero y su gorra*): Del otro lado de la callejuela, estaba el Salón de Baile El Paraíso. Las noches de primavera abrían todas las puertas y ventanas y la música brotaba a la calle. A veces apagaban todas las luces, salvo las de un gran globo de vidrio que pendía del cielo raso. Éste giraba enteramente e insinuaba a través de la oscuridad delicados colores de arco iris. Luego, la orquesta tocaba un vals o un tango, algo de ritmo lento y sensual. Las parejas salían del salón; iban a la relativa intimidad de la callejuela. Uno podía verlas besándose detrás de los tachos de desperdicios y los postes telefónicos. Aquella era la compensación por unas vidas que transcurrían como la mía, sin cambio ni aventura. Pero los cambios y las aventuras eran inminentes, ese año. Esperaban a la vuelta de la esquina a esos chiquilines bailarines. Se cernían en la niebla sobre Berchtesgaden, quedaban atrapados en los pliegues del paraguas de Chamberlain... ¡En España estaba Guernica! Aquí, sólo había frenética música *de jazz* y licor y salones de baile y bares y películas, y el sexo suspendido en la sombra como un candelabro y que anegaba al mundo con breves y engañosos arco iris... Mientras tanto, aquellos confiados chiquillos bailaban al compás de «Querido, el mundo espera el amanecer». En realidad, el mundo esperaba los bombardeos. (*Oscuridad en el comedor: leve resplandor. Se ve allí a Amanda.*)

AMANDA: ¿Dónde estás, Tom?

TOM (*en la misma postura*): Salí a fumar. (*Entra entre bastidores, donde vuelve a cambiar de chaqueta y deja su sombrero.*)

AMANDA (*Tom entra y se queda parado en el rellano, fumando. Le abre la puerta a su madre, que se sienta sobre una banqueta del rellano*): Oh, fumas demasiado. Un paquete diario, a razón de quince centavos el paquete. ¿Cuánto resulta eso por mes? ¿O sea, treinta veces quince? No será mucho. De todos modos, bastaría para ayudarte a seguir un curso de contabilidad en la universidad de Washington. ¿No te parece que eso sería hermoso?

TOM: Prefiero fumar.

AMANDA: ¡Lo sé! Esa es tu tragedia. Ese rellano es un pobre sucesor del porche que teníamos. ¿Qué miras?

TOM: La luna.

AMANDA: ¿Hay luna esta noche?

TOM: Está subiendo sobre el edificio de Garfinkel's Delikatessen.

AMANDA: ¡Ah! ¡Es cierto! Una luna que parece una pequeña chinela de plata.
¿Has pedido un deseo?

TOM: Hum...

AMANDA: ¿Qué deseaste?

TOM: Eso es un secreto.

AMANDA: Perfectamente, yo tampoco te revelaré mi deseo. También yo sé guardar un secreto. Puedo ser tan misteriosa como tú.

TOM: Apuesto a que adivinaré qué deseaste.

AMANDA: ¡Qué! ¿Acaso es transparente mi cabeza?

TOM: No eres una esfinge.

AMANDA: No, no tengo secretos. Te diré lo que he deseado al mirar la luna. El éxito y la felicidad para mis encantadores hijos. Lo deseo siempre que hay luna, y también cuando no la hay.

TOM: Creí que deseabas un candidato.

AMANDA: ¿Por qué dices eso?

TOM: ¿No lo recuerdas? Me pediste que te trajese uno.

AMANDA: Recuerdo haberte insinuado que tu hermana saldría ganando si trajeras a un meritorio joven del negocio. Creo que te lo insinué más de una vez.

TOM: Sí, repetidas veces.

AMANDA: ¿Y bien?

TOM: Vendrá uno.

AMANDA: ¿Qué?

TOM: ¡Un candidato!

AMANDA: ¿Quieres decirme que has invitado a venir a un meritorio joven del negocio?

TOM: Lo he invitado a cenar.

AMANDA: ¿De veras?

TOM: Sí.

AMANDA: ¿Y... aceptó?

TOM: ¡Sí!

AMANDA: ¿Sí?

TOM: ¡Sí!

AMANDA: ¡Bueno! ¿Verdad que es maravilloso?

TOM: Me imaginé que eso te agradaría.

AMANDA: ¿De modo que es una cosa concreta?

TOM: Oh, muy concreta.

AMANDA: ¿Cuándo vendrá?

TOM: Muy pronto.

AMANDA: ¿Cuándo?

TOM: Prontísimo.

AMANDA: Pero... ¿cuándo?

TOM: Muy, muy pronto.

AMANDA: Cada vez que quiero saber algo, hablas así.

TOM: ¿Qué quieres saber?

AMANDA: Adivina. Vamos, adivina.

TOM: Perfectamente. Adivinaré. Quieres saber cuándo vendrá el candidato. Vendrá mañana.

AMANDA: ¿Mañana? ¡Oh, no! No puedo salir del paso si es mañana. No puedo salir del paso si es mañana.

TOM: ¿Por qué?

AMANDA: No me da tiempo.

TOM: ¿Tiempo para qué?

AMANDA: Para los preparativos. ¡Oh, debiste telefonarme apenas lo invitaste... apenas aceptó!

TOM: No tienes por qué hacer tanto alboroto.

AMANDA: ¡Claro que debo hacerlo! No puedo recibir a un hombre en una casa tan sucia. Hay que ponerla en condiciones. Tengo que pensar rápidamente en la noche de mañana.

TOM: No veo por qué tienes que molestarte en pensar.

AMANDA: Dices eso porque no sabes. (*Entra en la sala, va hacia el centro. Se apagan las luces de la sala.*) No sabes. Eso es todo. ¡No podemos permitir que un candidato matrimonial venga a una pocilga! Veamos. ¡Oh, me han quedado esas tres piezas de plata de mi boda! Las lustraré. ¿Cómo estará ese viejo mantel de encaje después de tantos años? ¡Quién sabe! No podemos lucir buena ropa. No la tenemos. No tenemos nada que ponernos. Nada. (*Va hacia la derecha.*)

TOM: ¡Mamá! Ese joven no justifica tantas alharacas.

AMANDA (*yendo al centro*): ¡No sé cómo puedes decir eso cuando es el primer candidato de tu hermanita! ¡Es muy penoso que esa muchacha nunca haya tenido un solo pretendiente! ¡Entra! ¡Entra!

TOM: ¿Para qué?

AMANDA: Quiero preguntarte unas cuantas cosas.

TOM (*desde el umbral de la puerta de la derecha*): Si vas a hacer tanto alboroto, cancelo la invitación. Le telefonearé a ese joven que no venga.

AMANDA: ¡No! ¡Ni sueñes con hacerlo! La gente detesta los compromisos cancelados. No tiene donde ir. Entra. Entra. ¿Entrarás cuando te lo pido? Siéntate. (*Tom lo hace en la butaca de la derecha.*) ¡Oye! ¿Qué haré con esto? (*Mira el sofá-cama.*) ¿Viste alguna vez algo de aspecto tan triste? Ah, ya sé... Compraré un retazo de cretona clara. Eso no costará mucho. Y un velador de pie por mensualidades. ¡Así, podré liquidar esa lámpara! También puedo ponerle una funda clara a la silla. Ojalá tuviese tiempo de empapelar el apartamento. ¿Cómo se llama?

TOM: O'Connor.

AMANDA: O'Connor... Es irlandés y mañana es viernes... lo cual significa que debo preparar pescado. Perfectamente. Haré salmón y lo aderezaré con un poco de mayonesa. ¿Dónde lo conociste? (*Se sienta en el sofá-cama.*)

TOM: En la zapatería, naturalmente. ¿Dónde querías que lo conociera?

AMANDA: Pues no sé. ¿Bebe?

TOM: ¿Por qué me lo preguntas?

AMANDA: Porque tu padre bebía.

TOM: ¡Vamos, no empecemos con eso!

AMANDA: De modo que bebe.

TOM: No, que yo sepa.

AMANDA: Tienes que averiguarlo. Si hay algo que no quiero para mi hija, es un hombre que beba.

TOM: ¿No te parece que te adelantas un poco? Después de todo, el señor O'Connor no ha aparecido en escena aún.

AMANDA: Pero aparecerá mañana. Para conocer a tu hermana. ¿Y qué sé yo sobre su carácter? *(Se levanta y va hacia Tom, que está aún en su butaca, y le alisa el cabello.)*

TOM *(resignándose a esto, con aire ceñudo)*: Veamos... ¿Qué estás tramando?

AMANDA: Siempre odié ese mechón. Nunca pude comprender por qué no se asentaba.

TOM: Mamá, quiero decirte algo y te hablaré con toda sinceridad, con el corazón en la mano. ¡Hay muchos jóvenes que conocen muchachas con quienes no se casan!

AMANDA: Bien sabes que siempre me inquietó el hecho de que no pudieras atenerte a un tema. *(Va hacia el sofá-cama.)* Lo que quiero saber es cuál es su empleo en la zapatería.

TOM: Es expedidor.

AMANDA: ¡Oh! ¡Expedidor! Eso es bastante importante. Lo mismo habrías podido ser tú, con más iniciativa y bríos. ¿Cuánto gana? *(Se sienta sobre el sofá-cama.)*

TOM: No lo sé con certeza. Creo que su sueldo es de unos ochenta y cinco dólares mensuales.

AMANDA: ¿Ochenta y cinco dólares? Pues no es un sueldo principesco.

TOM: Son veinte más de lo que gano yo.

AMANDA: Lo sé. ¡Oh, vaya si lo sé! ¡Qué bien lo sé! Ochenta y cinco dólares mensuales. No. Es inaceptable. Un hombre de familia nunca podría salir de apuros con ochenta y cinco dólares mensuales.

TOM: Mamá, el señor O'Connor no es hombre de familia.

AMANDA: Pero podría serlo algún día... ¿verdad?

TOM: Ah, ya comprendo... Tus planes.

AMANDA: Eres el único joven de los que conozco que ignora que el futuro se convierte en el presente, el presente en el pasado y el pasado es un remordimiento eterno si uno no hace planes con antelación.

TOM: ¡Meditaré sobre eso y veré si logro entender algo!

AMANDA: ¡Déjate de desplantes con tu madre! ¡Háblame más de eso! ¿Cómo lo llamas? Señor O'Connor, señor O'Connor. Debe tener algún otro nombre además de señor...

TOM: Su nombre completo es Jim D. O'Connor. La D. es la inicial de Delaney.

AMANDA: ¿Delaney? ¿Irlandés por donde lo busquen y no bebe?

TOM (*se levanta*): ¿Lo llamo por teléfono y se lo pregunto? (*Va hacia el aparato.*)

AMANDA (*yendo hacia el teléfono*): ¡No!

TOM: Lo llamaré y le diré que quieres saber si bebe. (*Descuelga el auricular.*)

AMANDA (*arrebátandole el receptor*): No, no puedes hacer eso. Debes ser discreto sobre ese tema. Cuando yo era muchacha, en Blue Mountain (*Tom se sienta sobre el sofá-cama*), si se sospechaba que un joven bebía y estaba festejando a una muchacha... *si festejaba* a una muchacha, ésta iba a ver al sacerdote de su parroquia y le preguntaba por su carácter... o si su padre vivía aún, su deber era ir a ver al sacerdote de la parroquia para preguntarle por su carácter. Y así, se impedía que las muchachas de Blue Mountain cometieran errores trágicos. (*Se apaga la luz de la fotografía.*)

TOM: ¿Cómo lo cometiste tú?

AMANDA: Oh, no sé cómo se las componía tu padre, pero aquella cara engañaba a todo el mundo. Le bastaba con sonreír y la gente quedaba hechizada. (*Va hacia la butaca.*) No conozco nada más trágico que una muchacha que se deja seducir por una hermosa apariencia y confío en que el señor O'Connor no será demasiado guapo.

TOM: En realidad, no lo es. Tiene pecas y una gran nariz.

AMANDA: ¿No es francamente feo?

TOM: No, yo no diría que francamente... feo. Feo a medias, más bien.

AMANDA: De todos modos, si una muchacha tiene buen sentido, debe buscar carácter en un hombre.

TOM: Eso es lo que he dicho siempre, mamá.

AMANDA: Lo has dicho siempre... ¡lo has dicho siempre! ¿Cómo pudiste decirlo siempre si ni siquiera pensaste nunca en eso?

TOM: Vamos, no desconfíes de mí.

AMANDA: Sí que desconfío. Desconfío de todas las palabras que brotan de tu boca cuando me hablas, pero quiero saber más cosas sobre ese joven. ¿Es emprendedor?

TOM: Sí. Realmente, creo que es partidario de que cada uno mejore su situación.

AMANDA: ¿Por qué opinas eso?

TOM: Va a la escuela nocturna.

AMANDA: ¿Y qué hace ahí?

TOM: Estudia técnica radiotelefónica y oratoria.

AMANDA: ¡Oh! ¡Oratoria! Oh... Eso revela... revela que se propone llegar a ser director de alguna empresa... Bueno, todos esos hechos son muy ilustrativos. Son hechos que toda madre debiera saber sobre todo joven que visite a su hija, con intenciones serias o no.

TOM: Sólo una pequeña advertencia, mamá. No le he dicho nada a O'Connor sobre Laura. No le he insinuado que tengamos sombrías intenciones

ulteriores. Sólo le dije: «¿Por qué no te vienes a cenar a casa alguna vez?» Y él me respondió: «Bueno.» Y ésta fue toda la conversación.

AMANDA: Apostaría a que sí. Te aseguro que sueles ser elocuente como una ostra. Sin embargo, cuando él vea lo linda y dulce que es esa niña, se alegrará mucho, muchísimo de que lo hayan invitado a cenar aquí. *(Se sienta en la butaca.)*

TOM: Mamá, una sola cosa. No esperarás demasiado de Laura... ¿verdad?

AMANDA: No sé qué quieres decir. *(Tom se le acerca lentamente. Se queda un momento mirándola y luego...)*

TOM: Bueno, Laura nos parece dotada de todas esas virtudes porque es nuestra y la queremos. Ni siquiera adviertes ya que está tullida.

AMANDA: No uses esa palabra.

TOM: Mamá, hay que afrontar los hechos: lo es, y eso no es todo.

AMANDA: ¿Qué quieres decir con eso de «eso no es todo»? *(Tom se arrodilla a su lado.)*

TOM: Mamá... Tú sabes que Laura es muy distinta de las demás muchachas.

AMANDA: Sí, lo sé, y creo que con ventaja para ella.

TOM: No del todo... a los ojos de los demás... de los extraños. Es espantosamente tímida. Vive en un mundo propio y por eso la gente la considera algo rara.

AMANDA: No uses la palabra «rara».

TOM: Tienes que afrontar los hechos. Lo es.

AMANDA: No sé en qué sentido.

TOM *(después de una pequeña pausa)*: Mamá, Laura vive en un mundo de animalitos de cristal. Pone en el fonógrafo viejos discos... y... eso es todo, poco más o menos.

(Se levanta lentamente, sale en silencio por la puerta de la derecha, dejándola abierta, y se va despaciosamente callejuela arriba. Amanda se levanta, va hacia el rellano y mira la luna.)

AMANDA: ¡Laura! ¡Laura!

LAURA *(dulce, desde la cocina)*: Sí, mamá.

AMANDA: ¡Deja esos platos y ven aquí! *(Laura acude con el repasador entre las manos. Alegremente.)* ¡Laura, ven y piensa un deseo, mirando la luna!

LAURA *(baja al rellano)*: ¿La luna?... ¿La luna?

AMANDA: Una luna que parece una pequeña chinela de plata. ¡Mira por sobre tu hombro izquierdo, Laura, y piensa un deseo! *(Laura parece algo perpleja, como si la hubieran despertado repentinamente. Amanda la aferra de los hombros y la obliga a volverse en ángulo sobre el rellano.)* ¡Vamos! ¡Vamos, querida, piensa en un deseo!

LAURA: ¿Qué puedo desear, mamá?

AMANDA *(con voz trémula, mientras sus ojos se llenan repentinamente de lágrimas)*: ¡La dicha! ¡La buena suerte!

(Se apagan las luces en el escenario.)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Escenario: El mismo.

Las cortinas interiores que separan el comedor de la sala están corridas. Ambas habitaciones se encuentran en la oscuridad, como al empezar la comedia. Tom luce el mismo abrigo y la misma gorra.

TOM (*aparece inclinado contra el enrejado de la escalera, como antes, y fumando*): Y así fue como traje a cenar a Jim, la noche siguiente. Yo lo había conocido un poco en el colegio de secundaria. En el colegio, Jim había sido un héroe. Tenía una enorme bonhomía y vitalidad irlandesas, con el aire lustroso y pulido de la porcelana blanca. Parecía moverse incesantemente bajo un haz de luz que lo destacaba. Era un astro del baloncesto, capitán del club de polémicas, presidente del curso de los bachilleres y del orfeón, y cantaba el papel del protagonista en la ópera ligera anual. Constantemente corría o saltaba, nunca se limitaba a caminar. Parecía pronto siempre a derrotar la ley de la gravedad. Cruzó por su adolescencia con una velocidad tan meteórica que podía esperarse lógicamente que a los treinta años sólo se conformaría con la Casa Blanca. Pero, al parecer, tuvo más tropiezos al salir del colegio, porque su velocidad había disminuido a ojos vistas. Por eso, en esa época de nuestras vidas, su empleo no era mucho mejor que el mío. Era el único compañero de trabajo con quien yo estaba en términos cordiales. Yo le resultaba valioso porque recordaba sus pasadas glorias, porque le había visto ganar partidos de baloncesto y la copa de plata en las polémicas. Jim conocía mi secreto hábito de recluirme en un retrete del lavabo para trabajar en mis poemas cuando aflojaba el trabajo en el negocio. Me llamaba Shakespeare. Y mientras los demás compañeros me miraban con desconfiada hostilidad, Jim se mostraba jovial conmigo. Poco a poco, su actitud empezó a influir sobre los demás y la hostilidad de éstos se esfumó. Y por eso, después de algún tiempo, empezaron a sonreírme también, como le sonríe la gente a un perro de tipo extraño que se les cruza en el camino a lo lejos. Yo sabía que Jim y Laura se habían conocido en el colegio porque mi hermana hablaba con admiración de la voz de Jim. No sabía si Jim la recordaría o no. Porque en el colegio de secundaria Laura había sido tan recatada como Jim sorprendente. Y, si recordaba a Laura, Jim no la recordaba al menos como a mi hermana, porque cuando lo invité a cenar, me sonrió y dijo: «¿Sabes una cosa, Shakespeare? Es curioso, pero... inunca creí que tuvieras parientes!»

(Tom sale por la derecha. Las luces de la sala se encienden: Amanda está sentada sobre la mesita, a la derecha del sofá-cama, cosiendo el dobladillo del vestido de Laura. La muchacha está de pie frente a la puerta de la derecha. Amanda ha trabajado como una negra a fin de prepararlo todo para el candidato. Los resultados son sorprendentes. La nueva lámpara de pie con su pantalla de seda rosa está en su lugar, a la derecha de la sala, cerca de la pared, una pantalla de papel de color disimula el portalámparas roto que pende del cielo raso; las sillas y el sofá lucen fundas de percal, y han aparecido por primera vez un par de almohadones nuevos. Laura está parada en el centro de la habitación con los brazos levantados, mientras Amanda está agachada, ajustando el dobladillo del nuevo vestido, devota ritualista. El vestido es coloreado y diseñado por el recuerdo. El peinado de Laura ha cambiado: es más suave y le sienta mejor. En Laura ha brotado una belleza frágil y que no parece de este mundo: se diría una pieza de transparente cristal tocada por la luz, que emite una momentánea irradiación, irreal, no duradera. Amanda, sentada aún, cose el vestido de Laura. La joven está de pie frente a ella.)

AMANDA: ¿Por qué tiemblas así, Laura?

LAURA: ¡Me has excitado tanto los nervios, mamá!

AMANDA: ¿Por qué te he excitado los nervios?

LAURA: ¡Con todo este alboroto! Le das a esto una apariencia tan importante...

AMANDA: No te entiendo muy bien, querida. Cada vez que trato de hacer algo por ti, algo un poco distinto, pareces oponerte obstinadamente. Vamos, mírate. *(Laura se dirige hacia la puerta de la derecha.)* ¡No, espera! Espera un momento, nada más... He olvidado algo. *(Toma del sofá-cama dos postizos para rellenar el busto.)*

LAURA: ¿Qué es eso?

AMANDA: Un par de mejoras. *(Atareada con los postizos.)* Cuando yo era muchacha, teníamos unos objetos redondos de encaje como éstos y los llamábamos «alegres engañadores».

LAURA: ¡Yo no los usaré!

AMANDA: Claro que los usarás.

LAURA: ¿Por qué habría de usarlos?

AMANDA: Bueno, querida. Para serte franca, eres un poco lisa de pecho.

LAURA: Parecería que le estamos preparando una trampa.

AMANDA: Así es. Todas las muchachas lindas son una trampa y los hombres esperan que lo sean. Ahora, mírate en ese espejo. *(Laura va a la derecha y se mira en el espejo, invisible para el público, que está en la oscuridad a la derecha de la puerta.)* ¿Ves? Simplemente, pareces un ángel de tarjeta postal. ¿Verdad que es hermoso? Ahora, basta con que esperes. Voy a vestirme yo. Te asombrará el aspecto de tu madre. *(Amanda va al comedor. Laura se mira en el espejo, se quita los «alegres engañadores», los oculta debajo del colchón del sofá-cama. Se*

sienta sobre la mesita a la derecha del sofá por unos instantes y escucha una músicaailable, lejana, hasta la entrada de Amanda.)

AMANDA (*hacia la escena*): Encontré un vestido viejo en el baúl. Pero... ¿sabes una cosa? Tuve que hacerle muchas reformas, aunque me dolió el corazón cuando hubo que soltarle las costuras. Vamos, Laura, mira a tu madre. ¡Oh! ¡Ven a mirarme ahora! (*Entra en el comedor por la izquierda, y va al centro de la sala.*)

LAURA (*vuelve a entrar, viene del rellano. Se sienta sobre el brazo de la butaca*): ¡Oh, mamá! ¡Qué lindo! (*Amanda se ha puesto un vestido de muchacha. Trae un ramillete de junquillos.*)

AMANDA (*mostrando las flores*): Así era antaño este vestido. Así era. Lucía un montón de flores, pero se ajaron mucho y tuve que quitárselas. Yo encabezaba el cotillón con él hace años. Gané dos veces el premio de cakewalk en Sunset Hill. Y lo lucí también en el baile del gobernador, en Jackson. Es una lástima que no hayas visto entonces a tu madre. Y que no la vieras desplazarse con leves pasitos por el salón de baile... (*Dando unas vueltas.*) ... así. Me había puesto este vestido el día en que conocí a tu padre. También tuve la malaria. El cambio de clima, del EastTennessee al delta... debilitó mi resistencia. No lo suficiente para que resultara peligroso, pero sí para que me sintiera inquieta y mareada. Oh, aquello era hermoso. Las invitaciones me llovían de todas partes. Mi madre me dijo: «No puedes ir a ninguna parte porque tienes la fiebre. Debes quedarte en cama.» Dije que no me quedaría y tomé quinina y seguí yendo a todas partes. Todas las noches había bailes y de tarde largos paseos en coche por el campo y picnics. Esos lugares... Esos lugares... Son tan bellos... tan bellos en mayo, cubiertos de cornejos y simplemente inundados de junquillos. Mi madre me decía: «No debes traer más junquillos a casa.» Yo le contestaba: «Los traeré.» Y los seguía trayendo, de todos modos. Cuando los veía en alguna parte, decía: «Esperen un momento, veo junquillos.» Y les pedía a mis pretendientes que se apearan del coche y me trajeran algunos. Para serte franca, Laura, hasta me hicieron bromas con aquello. «Cuidado -decían- ahí viene esa muchacha y tendremos que pasarnos la tarde juntando junquillos.» Mi madre me dijo: «No puedes traer más junquillos a casa, ya no hay jarrones donde ponerlos.» «Así es -dije-; me los sujetaré sobre el vestido.» La malaria, tu padre y los junquillos. (*Amanda pone los junquillos sobre el regazo de Laura y sale al rellano. Se oye tronar.*) Confío en que llegarán antes de que empiece a llover. Le di a tu hermano un poco de dinero extra para que viniera en taxi con el señor O'Connor. (*Laura deja las flores sobre la butaca y va hacia la puerta de la derecha.*)

LAURA: ¡Mamá!

AMANDA: ¿Qué pasa, ahora? (*Vuelve a entrar.*)

LAURA: ¿Cómo se llama, dijiste?

AMANDA: O'Connor. ¿Por qué?

LAURA: ¿Cuál es su nombre de pila?

AMANDA (*va hacia la butaca*): No lo recuerdo... Ah, sí, sí, que recuerdo. Se llama... Jim. (*Toma las flores.*)

LAURA: ¡Oh, mamá! ¡No será Jim O'Connor!

AMANDA: ¡Sí, eso es! ¡Se llama Jim! Nunca conocí a un Jim que fuese gentil. (*Va a poner las flores en un jarrón.*)

LAURA: ¿Estás segura de que se llama Jim O'Connor?

AMANDA: Claro que sí. ¿Por qué?

LAURA: ¿Es el que conoció Tom en el colegio de secundaria?

AMANDA: No me lo dijo. Creo que sólo lo conoció (*se sienta sobre el sofá-cama*) en la zapatería.

LAURA: Hubo un Jim O'Connor a quien ambos conocimos en el colegio. Si es ése el que trae Tom a cenar... ¡Oh, mamá! Entonces, tendrás que disculparme... ¡No vendré a la mesa!

AMANDA: ¿Qué significa esto ahora? ¿Qué tonterías me estás diciendo?

LAURA: En cierta ocasión, me preguntaste si alguna vez me había gustado un joven. ¿No recuerdas que te mostré la fotografía de ese joven?

AMANDA: ¿Te refieres al del anuario?

LAURA: Sí, a ése.

AMANDA: Laura, Laura... ¿Estabas enamorada de él?

LAURA (*va hacia la butaca*): No lo sé, mamá. Sólo sé que no podré sentarme a la mesa si se trata de él.

AMANDA (*se levanta, va a la izquierda y arregla algo junto al sofá-cama*): ¡No debe de ser él! Es muy improbable. Pero ya sea que se trate de él o no, vendrás a la mesa... No podremos excusarte.

LAURA: Tendrán que excusarme, mamá.

AMANDA: No tengo intenciones de contemporizar con tu estupidez, Laura. Ya te he aguantado muchas cosas a ti y otras tantas a tu hermano. De modo que siéntate y sosiégate hasta que venga. Tom ha olvidado la llave, y tendrás que abrirles la puerta cuando lleguen.

LAURA: ¡Oh, mamá!... ¡Ábreles tú! (*Se sienta en la silla de la derecha.*)

AMANDA: ¿Cómo he de hacerlo si ni siquiera he terminado la mayonesa para el salmón?

LAURA: Oh, mamá... ¡Haz el favor de atender la puerta, no me obligues a hacerlo! (*Se oye un trueno.*)

AMANDA: ¡Querida, sé razonable! ¿A qué vienen tantas alharacas por... simplemente, por un candidato matrimonial... eso es, nada más que un candidato? (*Sale por entre las cortinas de la sala. Tom y Jim entran en la callejuela de la derecha, suben al rellano y esperan junto a la puerta, cerrada. Al oír que se acercan, Laura aguarda con aire de pánico. Se retira hacia las cortinas. Suena el timbre de la puerta. Laura se queda sin aliento y se toca la garganta. Otro trueno.*)

AMANDA (*detrás del escenario*): ¡Laura, querida, la puerta!

LAURA: ¡Mamá, por favor, ve tú! (*Hace gestos de ir hacia la puerta de la derecha; luego, vuelve.*)

AMANDA (*detrás de la escena, con furioso murmullo*): ¿Qué te pasa, tonta?
(*Entra y se detiene.*)

LAURA: Por favor, ábreles tú.

AMANDA: ¿Por qué has elegido este momento para perder la cabeza? Ve a abrir esa puerta.

LAURA: No puedo.

AMANDA: ¿Por qué no puedes?

LAURA: Porque tengo náuseas. (*Va hacia el sofá-cama y se sienta.*)

AMANDA: ¡Tienes náuseas! ¿Las tengo yo? Tú y tu hermano me desconcertáis espantosamente. Nunca obráis como seres normales. ¿Me darás una buena razón para explicarme tu temor a abrir una puerta? Ve a esa puerta. ¡Laura Wingfield, ve derechita a esa puerta!

LAURA (*va hacia la puerta de la derecha*): Sí, mamá.

AMANDA (*la detiene*): Tengo que infundirte valor para la vida, querida. (*Se va a la cocina. Laura abre. Entran Tom y Jim. Laura se queda oculta en el vestíbulo, detrás de la puerta.*)

TOM: Laura (*Laura se acerca.*) Te presento a Jim. Jim, mi hermana Laura.

JIM: ¡Yo no sabía que Shakespeare tuviera una hermana! Mucho gusto, Laura.

LAURA (*retrocediendo, envarada y trémula. Le estrecha la mano*): ¿Cómo... cómo está usted?

JIM: ¡Perfectamente! ¡Su mano está fría, Laura! (*Tom pone los sombreros sobre la mesita del teléfono.*)

LAURA: Sí... Bueno, el caso es que estuve manejando el fonógrafo...

JIM: Debe de haber estado poniendo discos clásicos. Le convendría poner un poco de Jazz *hott* para entrar en calor.

(*Laura se acerca al fonógrafo. Tom va hacia ella. Laura hace funcionar otra melodía popular de mil novecientos veintitantos, mira a Jim y saliendo por entre los cortinajes de la sala, se va por la izquierda.*)

JIM: ¿Qué pasa?

TOM: Oh... ¿Lo dices por Laura? Laura es... es espantosamente tímida. (*Se sienta en el sofá-cama.*)

JIM (*yendo al centro de la habitación*): Conque tímida... ¿eh? ¿Sabes que es algo insólito encontrar hoy a una muchacha tímida? Si mal no recuerdo, nunca me dijiste que tenías una hermana.

TOM: Pues ya lo sabes. ¿Quieres unas páginas del periódico?

JIM (*acercándose*): Bueno.

TOM: ¿Las historietas?

JIM: ¿Las historietas? ¡Los deportes! (*Toma el periódico y se sienta en una silla.*) Veo que Dizzy Dean se está portando mal.

TOM (*va hacia la puerta de la derecha y sale*): ¿De veras?

JIM: Sí. ¿Adonde vas? (*En ese momento, Tom llega a los peldaños de la derecha del rellano.*)

TOM (*desde el rellano*): A la terraza, a fumar.

JIM (*se levanta, dejando el periódico sobre la butaca y va al fonógrafo para apagarlo. Sale al rellano*): ¿Sabes una cosa, Shakespeare? ¡Voy a contarte un montón de cosas!

TOM: ¿Qué cosas?

JIM: Estoy siguiendo un curso.

TOM: ¿Qué curso?

JIM: ¡Un curso de oratoria! Tú y yo no hemos nacido para empleados de zapatería... ¿sabes?

TOM: Gracias. Me das una buena noticia. ¿Qué tiene que ver con eso la oratoria?

JIM: Lo capacita a uno para... ¡cargos directivos!

TOM: ¡Ah!

JIM: Te aseguro que me ha hecho mucho bien.

TOM: ¿En qué sentido?

JIM: En todos los sentidos. Pregúntate a ti mismo: ¿qué diferencia hay entre nosotros y los demás muchachos de la oficina? ¿El cerebro? ¡No! ¿La capacidad? ¡No! Entonces... ¿qué? En el fondo, sólo se trata de una cosa...

TOM: ¿Qué cosa es ésa?

JIM: ¡Una conducta firme en sociedad! ¡La capacidad de ajustar cuentas con cualquiera y de hacerse respetar en cualquier plano social!

AMANDA (*detrás de la escena*): ¡Tom!

TOM: ¿Qué, mamá?

AMANDA: ¿Estás ahí con el señor O'Connor?

TOM: Sí, mamá.

AMANDA: Pónganse cómodos.

TOM: Así lo haremos.

AMANDA: Pregúntale al señor O'Connor si quiere lavarse las manos.

JIM: No, señora. Gracias. Ya me acordé de hacerlo en el negocio. Tom...

TOM: ¿Qué?

JIM: El señor Mendoza me habló de ti.

TOM: ¿Favorablemente?

JIM: Adivínalo...

TOM: Te diré...

JIM: Te quedarás sin empleo si no te despiertas.

TOM: Me estoy despertando...

JIM: Sí, pero no se nota.

TOM: Las señales son internas. Me dispongo a cambiar. Precisamente, voy a consagrarme a un futuro en que no figura la zapatería del señor Mendoza, y ni siquiera el curso de oratoria de una escuela nocturna.

JIM: Vamos... ¿Qué tonterías estás diciendo?

TOM: Estoy cansado de las películas.

JIM: ¡De las películas!

TOM: ¡Sí, de las películas! Míralas. (*Agita las manos.*) ¡Mira a todos esos héroes seductores... que tienen aventuras... que lo ensucian todo... que lo estropean todo con su voracidad! ¿Sabes qué pasa? La gente va al cine a ver acción, pero no actúa. ¡Se supone que los personajes de Hollywood viven las aventuras que les corresponderían a todos los habitantes de los Estados Unidos, mientras que éstos se hallan sentados en un salón oscuro y los miran en plena aventura! Sí, a menos que haya guerra. ¡Entonces, sí que la aventura queda al alcance de las masas! ¡Todos comerán de este plato, no sólo Clark Gable! Y la gente de la sala oscura sale de allí para vivir algunas aventuras por su cuenta... ¡Bueno, bueno! ¡Entonces nos toca el turno de ir a las islas del Mar del Sur... de hacer un safari... de ser exóticos, lejanos...! Pero yo no soy paciente. No quiero esperar hasta entonces. ¡Estoy cansado del cine y me dispongo a irme!

JIM (*incrédulo*): ¿A irte?

TOM: Sí.

JIM: ¿Cuándo?

TOM: ¡Pronto!

JIM: ¿Adonde? ¿Adonde?

TOM: Estoy empezando a hervir por dentro. Sé que te parezco un soñador, pero por dentro... ¡bueno, estoy hirviendo! ¡Siempre que agarro un zapato me estremezco al pensar en la brevedad de la vida y en lo que estoy haciendo! ¡Sea cual fuere la significación de eso, sé que no se trata de zapatos... salvo como algo que deben usar los pies de los viajeros! (*Extrae del bolsillo una tarjeta.*) ¡Mira!

JIM: ¿Qué?

TOM: Estoy afiliado.

JIM (*leyendo*): «Sindicato de la Marina Mercante.»

TOM: Pago mi cuota todos los meses, en vez de pagar la factura de la luz eléctrica.

JIM: Lo lamentarás cuando te corten la luz.

TOM: No estaré aquí.

JIM: Sí, pero... ¿y tu madre?

TOM: Soy como mi padre. El bribón hijo de un bribón. (*Señala el retrato paterno.*) ¿Ves cómo sonrío? Y está ausente, paseando, desde hace dieciséis años.

JIM: Mera charla, Tom. ¿Qué opina sobre eso tu madre?

TOM: ¡Silencio! ¡Ahí viene! ¡No conoce mis planes!

AMANDA (*entre bastidores*): ¡Tom!

TOM: ¿Qué, mamá?

AMANDA: ¿Dónde estáis?

TOM: En la terraza, mamá.

AMANDA (*entra y se detiene*): ¿Por qué no entráis?

(Jim y Tom así lo hacen. Amanda se adelanta hacia ellos. A Tom le impresiona evidentemente su aspecto. Hasta Jim parpadea un poco. Entra en contacto por primera vez con la vivacidad de las muchachas del Sur y, a pesar del curso de oratoria de la escuela nocturna, lo desconcierta un poco ese imprevisto despliegue de seducción social. Jim ensaya ciertas respuestas, pero las repele la alegre risa y la charla de Amanda. Tom experimenta cierto malestar, pero pasada la primera impresión, Jim reacciona muy cordialmente. Sonríe y ríe, completamente conquistado. Ambos entran, dejando abierta la puerta.)

TOM: Mamá, estás tan linda...

AMANDA: ¿Sabes que es el primer cumplido que me has hecho en toda mi vida? Me gustaría verte un aire agradable cuando te dispones a decir algo agradable, para poder esperarlo. ¿El señor O'Connor?

JIM: ¡El mayor gusto!

AMANDA: Bueno, bueno, bueno. ¿De modo que usted es el señor O'Connor? La presentación es totalmente superflua. Le he oído hablar tanto a Tom de usted... Finalmente, le dije: «Dios mío, Tom... ¿Por qué no traes a cenar de una vez a ese dechado de virtudes? ¡Me gustaría conocer a ese simpático joven de la zapatería! Verlo, en vez de oírte simplemente cantar sus alabanzas tan a menudo!» No sé por qué es tan retraído mi hijo... Esa conducta no es propia del Sur. Sentémonos. *(Tom cierra la puerta, va a la derecha de foro, se detiene. Jim y Amanda se sientan en el sofá-cama.)* Sentémonos, y creo que nos convendría un poco más de aire aquí. Tom, deja abierta la puerta. Hace un momento, sentí aquí una fresca brisa. ¿Adonde se habrá ido? Hum... ¡Hace tanto calor, ya! Y no ha llegado el verano aún. Nos vamos a achicharrar cuando llegue realmente. Sin embargo, tendremos... tendremos una cena muy liviana. Creo que es mejor comer cosas livianas a esta... a esta altura del año. Y también usar ropa liviana. Nuestra sangre se espesa tanto durante el invierno... ¿comprende?... ¡de modo que necesitamos algún tiempo para adaptarnos cuando cambia la estación! Y ha llegado tan pronto este año... Yo no estaba preparada. Y de improviso... ¡santo cielo! ¡El verano ya! Corrí al baúl y... saqué este vestido liviano... ¡espantosamente viejo! ¡Casi histórico! Pero es de tan buena calidad... tan bueno y tan fresco... ¿comprende?

TOM: Mamá... ¿Y nuestra cena?

AMANDA *(yendo hacia Tom)*: ¡Querido, ve a preguntarle a tu hermana si la cena está pronta! Ya sabes qué está a su cargo, exclusivamente. Dile que vosotros tenéis hambre y que la esperáis. *(Tom sale. Amanda se vuelve hacia Jim.)* ¿Le han presentado a Laura?

JIM: Sí. Vino a la puerta.

AMANDA: ¿Mi hija les abrió?

JIM: Sí, señora.

AMANDA *(yendo hacia la butaca y sentándose)*: Es muy linda.

JIM: Oh, sí, señora.

AMANDA: ¡Es raro que una muchacha tan dulce y linda como Laura sea una mujer de su casa! Pero Laura, a Dios gracias, no sólo es linda sino también muy de su casa. Yo no lo soy. Nunca lo fui. Nunca pude hacer más que un bizcochuelo. Es cierto que en el Sur teníamos tantos criados... Y eso desapareció, desapareció, desapareció. ¡Todo vestigio de vida amable ha desaparecido por completo! ¡Yo no estaba preparada para lo que me trajo el futuro! Todos mis pretendientes eran hijos de hacendados, y por lo tanto supuse que me casaría con uno de ellos y crearía a una familia sobre una gran parcela de tierra y con muchos criados. Pero el hombre propone... ¡y la mujer acepta su proposición! Para variar un poco el viejo dicho... ¡no me casé con un hacendado! ¡Me casé con un hombre que trabajaba en una compañía telefónica! ¡Con ese valeroso y sonriente caballero que está ahí! *(Señala la fotografía.)* Un telefonista que... ¡se enamoró de la larga distancia! ¡Ahora viaja y ni siquiera sé dónde está! Pero... ¿para qué le estoy contando mis cuitas? Cuénteme las tuyas... ¡y espero que no las tenga! ¡Tom!

TOM *(vuelve a entrar)*: Sí, mamá.

AMANDA: ¿Cómo va esa cena?

TOM: Está sobre la mesa. *(Se descorren las cortinas que separan la sala del comedor. Las luces se encienden en éste y se apagan en la sala.)*

AMANDA: ¡Ah! *(Se levanta, va hacia la mesa.)* ¡Qué bien! ¿Dónde está Laura?

TOM: Laura no se siente muy bien y prefiere no venir a la mesa.

AMANDA: ¡Laura!

LAURA *(detrás de la escena, con voz débil)*: ¿Qué, mamá? *(Tom señala a Jim.)*

AMANDA: Señor O'Connor. *(Jim va hacia la mesa y la silla de la izquierda y se detiene.)*

JIM: Gracias, señora.

AMANDA: Laura, no podemos bendecir la mesa si no vienes.

LAURA *(entra por el foro de la izquierda, evidentemente desfallecida, los labios trémulos, los ojos muy abiertos y de un mirar fijo. Avanza con inseguros pasos hacia la mesa)*: Oh, mamá... Lo siento muchísimo. *(Se tambalea. Tom la aferra y la conduce al sofá-cama de la sala.)*

AMANDA *(mientras su hija se acuesta)*: Pero, Laura... ¡Te sientes mareada, querida! Laura, descansa sobre el sofá... ¡Bueno! *(A Jim.)* ¡El calor del hornillo le ha hecho mal! Le dije que esta noche hacía demasiado calor, pero... *(A Tom.)* ¿Está bien ya Laura?

TOM: Está mejor, mamá. *(Se sienta. Se oye un trueno.)*

AMANDA *(volviendo al comedor y sentándose a la mesa, como Jim.)* ¡Dios mío, supongo que lloverá un poco! Tom, di la oración.

TOM: ¿La qué?

AMANDA: ¿Qué hacemos, por lo general, antes de comer algo? ¿No bendecimos la mesa con una oración?

TOM: Por éstas y todas Tus Mercedes... el Santo Nombre de Dios sea Alabado. (*Se apagan las luces.*)

ESCENA SEGUNDA

Escenario: El mismo. Media hora después. Está concluyendo la cena. Amanda, Tom y Jim están sentados a la mesa, como en el final de la última escena. Las luces se encienden en ambas habitaciones.

AMANDA (*riendo, mientras Jim ríe también*): ¿Sabe, señor O'Connor, que hace muchísimo tiempo que no paso una velada tan agradable?

JIM (*se levanta*): Bueno, señora Wingfield. Permítame un brindis. Brindo por el Sur de ayer.

AMANDA: Por el Sur de ayer. (*Se apagan las luces en ambas habitaciones.*)

JIM: ¡Eh, señora Bombilla Eléctrica!

AMANDA: ¿Dónde estaba Moisés cuando se apagaron las luces? ¿Sabe la respuesta a esa pregunta, señor O'Connor?

JIM: No, señora. ¿Cuál es?

AMANDA: Pues yo oí una respuesta, pero no era muy agradable. Pensé que usted podía conocer otra.

JIM: No, señora.

AMANDA: Es una suerte que yo haya puesto esas velas sobre la mesa. Sólo las puse como adorno, pero es grato que resulten útiles también.

JIM: Sí, señora.

AMANDA: Si uno de ustedes me proporciona un fósforo, podremos iluminar un poco esto.

JIM (*encendiendo las velas*): Yo puedo hacerlo, señora.

AMANDA: Gracias.

JIM (*vuelve a la derecha de la mesa*): Nada de eso, señora.

AMANDA: Creo que debe haberse quemado un fusible, señor O'Connor. ¿Sabe usted algo de esa cuestión?

JIM: Un poco, señora, pero... ¿dónde está la caja de los fusibles?

AMANDA: ¿Quiere saberlo? Está en la cocina. (*Jim va a la cocina.*) Tenga cuidado, está a oscuras. No tropiece con algo. (*Estrépito detrás de la escena.*) ¡Oh, Dios mío! ¡Sería terrible que lo perdiéramos! ¿Está usted bien, señor O'Connor?

JIM (*detrás de la escena*): Sí, señora. Perfectamente.

AMANDA: Como sabrá, la electricidad es algo muy misterioso. Todo el universo es misterioso para mí. ¿No fue Benjamín Franklin quien ató una llave a una cometa? Me habría gustado verlo... Franklin debió tener en ese momento un aspecto muy estúpido. Algunos dicen que la ciencia nos aclara todos los misterios. En mi opinión, sólo nos añade sin cesar otros. ¿Ha encontrado ya la caja de los fusibles?

JIM (*reaparece por derecha*): Sí, señora. La encontré, pero los fusibles parecen estar en buenas condiciones. (*Vuelve a sentarse.*)

AMANDA: Tom.

TOM: ¿Qué, mamá?

AMANDA: Hace unos días, te di aquella factura de la luz. Aquella por la cual me mandaron la notificación...

TOM: Ah... Sí. ¿Te refieres a la del mes pasado?

AMANDA: ¿No la habrás dejado impaga, por casualidad?

TOM: Te diré. Yo...

AMANDA: ¡Claro que no la pagaste! ¡Debí preverlo!

JIM: Oh, quizá Shakespeare haya escrito un poema sobre esa factura, señora Wingfield.

AMANDA: Quizá. ¡No debí fiarme de él! La negligencia cuesta cara en el mundo de hoy.

JIM: Quizá el poema obtenga un premio de diez dólares.

AMANDA: ¡Tendremos que pasarnos el resto de la velada en el siglo XIX, antes de que el señor Edison inventara la bujía incandescente!

JIM: La luz de las velas es mi luz favorita.

AMANDA: ¡Eso prueba que es romántico! Pero no disculpa a Tom. Creo que han sido muy amables al dejarnos acabar la cena antes de sumirnos en las tinieblas eternas. Tom, como castigo por tu negligencia puedes ayudarme a secar los platos.

JIM (*se levanta. Tom también*): ¿Puedo ayudarla en algo, señora?

AMANDA (*levantándose*): Oh, no. Yo no lo permitiría.

JIM: Pues yo debiera servir para *algo*.

AMANDA: ¿Qué dice usted?

JIM: Sólo dije: «Pues yo debiera servir para *algo*.»

AMANDA: Es lo que me pareció oír. Bueno, Laura está ahí solita. Quizá usted debiera hacerle compañía. Puedo darle ese bonito candelabro antiguo para que tengan luz. (*Jim toma las velas.*) En otros tiempos, estaba en el altar de la iglesia del Celestial Descanso, pero se derritió y se deformó un poco al incendiarse la iglesia. El rayo cayó sobre el edificio en primavera y Gipsy Jones, que realizaba una reunión religiosa en el pueblo, dijo que el rayo se debía a que los adeptos de la secta episcopal habían empezado a jugar a los naipes en la propia iglesia.

JIM: ¿De veras, señora?

AMANDA: Nunca he dicho nada que no fuese de veras.

JIM: Usted perdone.

AMANDA (*sirve vino en el vaso y se lo tiende a Jim*): Me gustaría que Laura bebiera un poco de vino de amargón. ¿Podría usted llevar ambas cosas?

JIM: Lo intentaré, señora.

AMANDA (*va a la cocina*): Vamos, Tom, ponte el delantal.

TOM: Sí, mamá. (*Sigue a Amanda.*)

(*Jim mira a su alrededor, deja el vaso, bebe un trago de la garrafa de vino, la deja en su lugar ruidosamente y entra en la sala. Las cortinas interiores se corren al apagarse las luces del comedor. Laura se incorpora nerviosamente*)

en el sofá-cama al entrar Jim. Al principio habla en voz baja, jadeante, debido a la casi intolerable tensión que le causa estar a solas con un extraño. Mientras habla en esta escena, antes de que la cordialidad de Jim venza su paralizante timidez, la voz de Laura es débil y sin aliento, como si acabara de subir corriendo un empinado tramo de escalera.)

JIM (*entra sosteniendo el candelabro con las velas encendidas en una mano y el vaso de vino en la otra, y se detiene*): ¿Cómo se siente ahora? ¿Un poco mejor? (*La actitud de Jim es amablemente jovial. Al interpretar esta escena, conviene hacer notar que aunque el episodio carezca aparentemente de importancia, es para Laura la culminación de toda su vida secreta.*)

LAURA: Sí, gracias.

JIM (*dándole su vaso de vino*): Ah, tome. Esto es para usted. Un poco de vino de amargón.

LAURA: Gracias.

JIM (*va hacia el centro*): Bueno, bébalo... pero no se emborrache. (*Ríe de buena gana.*) Oiga... ¿Dónde pongo las velas?

LAURA: Oh, en cualquier parte...

JIM: ¿Qué le parece si las dejara aquí mismo, en el suelo? ¿Hay algún inconveniente?

LAURA: No.

JIM: Simplemente, le pondré debajo un periódico para recoger el sebo que gotee. (*Toma un periódico de la butaca. Pone los candelabros en el suelo.*) Me gusta sentarme en el suelo. (*Así lo hace.*) ¿Hay algún inconveniente?

LAURA: Oh, no. Ninguno.

JIM: ¿Quiere darme un almohadón?

LAURA: ¿Qué?

JIM: ¡Un almohadón!

LAURA: Ah... (*Deja el vaso sobre la mesita del teléfono, le tiende un almohadón, se sienta sobre el sofá-cama.*)

JIM: ¿Y a usted? ¿No le gusta sentarse en el suelo?

LAURA: Oh, sí.

JIM: Entonces... ¿por qué no se sienta?

LAURA: Me... sentaré.

JIM: ¡Tome un almohadón! (*Arroja el almohadón mientras ella se instala en el suelo.*) No la veo cuando está sentada ahí. (*Vuelve a sentarse en el suelo.*)

LAURA: Yo... lo veo.

JIM: Sí, pero eso no tiene gracia. Yo estoy aquí... a la luz de los candelabros. (*Laura se le arrima un poco.*) ¡Bravo! ¡Ahora la veo! ¿Está cómoda?

LAURA: Sí. Gracias.

JIM: Yo, también. ¡Más que cómodo! Dígame... ¿Le gustaría un poco de chicle? (*Le ofrece goma de mascar.*)

LAURA: No, gracias.

JIM: Creo que me permitirá ese gusto. (*Meditativamente desenvuelve el chicle y lo muestra.*) ¡Dios mío! ¡Imagínese la fortuna que amasó el inventor del chicle! Es algo sorprendente... ¿eh? ¿Sabe que el Edificio Wrigley es uno de los grandes espectáculos de Chicago? Lo vi en el penúltimo verano, en El Siglo de Progreso. ¿Vio el Siglo de Progreso?

LAURA: No.

JIM: Pues era una exposición maravillosa, créame. ¿Sabe qué me impresionó más? El Salón de la Ciencia. Da una idea del futuro en los Estados Unidos. ¡Oh, será más maravilloso que la época actual! A propósito... Su hermano me dijo que usted es tímida. ¿Es verdad eso, Laura?

LAURA: Yo... no lo sé.

JIM: Creo que usted es una muchacha a la antigua. Lo cual parece espléndido. Supongo que no me considerará demasiado indiscreto... ¿no es así?

LAURA: Señor O'Connor...

JIM: ¿Qué?

LAURA: Creo que le aceptaré un chicle, si no le parece mal. (*Jim despoja de su envoltura un chicle, se arrodilla, se lo tiende. Ella arranca un trocito. Jim mira el resto, se lo pone en la boca y vuelve a sentarse.*) Señor O'Connor... ¿Ha seguido usted cantando?

JIM: ¿Cantando? ¿Yo?

LAURA: Sí. Recuerdo su hermosa voz.

JIM: ¿Usted me oyó cantar?

LAURA: Oh, sí... ¡Muy a menudo! Yo... no creo que usted me recuerde... ¿verdad?

JIM (*sonriendo, con aire indeciso*): Le diré... En realidad, me parece haberla visto en alguna parte. Casi me pareció recordar su nombre. Pero el que iba a recordar... ¡no era un nombre! De modo que callé antes de decirlo.

LAURA: ¿No sería... Blue Roses?

JIM (*sonriendo*): ¡Blue Roses! ¡Oh, Dios mío, sí! ¡Blue Roses! ¿Sabe que yo no la asociaba de ningún modo con el colegio? Pero así era. ¡Se trataba del colegio! ¡Dios mío! ¡Ni siquiera sabía que usted era la hermana de Shakespeare! ¡Caramba! ¡Perdóneme!

LAURA: Yo no esperaba que usted me recordara. ¡Apenas si me conocía!

JIM: Pero nos hablábamos.

LAURA: Sí. Nos... hablábamos.

JIM: A propósito... ¿No concurríamos juntos a una misma clase?

LAURA: Sí, por cierto.

JIM: ¿Qué clase era ésa?

LAURA: Era... ¡la de canto! ¡Los coros!

JIM: ¡Ah!

LAURA: Yo estaba sentada del otro lado del pasillo, en el salón de música. A la misma altura que usted.

JIM: ¡Ah, sí! Ahora, recuerdo. Usted era la que siempre llegaba tarde.

LAURA: Sí, me costaba trabajo subir la escalera. Tenía en la pierna ese soporte entonces, ¡y hacía tanto ruido al andar!

JIM: Yo no oía ese ruido.

LAURA (*con un sobresalto, al recordar*): A mí me parecía... ¡un trueno!

JIM: Nunca lo noté siquiera.

LAURA: Todos estaban sentados cuando yo entraba. Tenía que caminar delante de toda esa gente. Mi asiento estaba en la última fila. ¡Debía recorrer el pasillo ruidosamente, mientras todos me miraban!

JIM: ¡Ah, caramba...! Usted no debía sugestionarse tanto.

LAURA: Lo sé, pero así era. ¡Me sentía tan aliviada cuando empezaba el canto!

JIM: Ahora lo recuerdo. Y yo solía llamarla Blue Roses. ¿Cómo se me ocurrió llamarla así?

LAURA: Falté durante algún tiempo al colegio a causa de una pleurosis. Cuando volví, usted me preguntó qué me había pasado. Le dije que había tenido una pleurosis y usted me entendió Blue Roses. ¡Y desde entonces, siempre me llamó así!

JIM: ¿Supongo que no la habré molestado?

LAURA: Oh, no... Me gustaba. Le diré... Yo no conocía a mucha... gente...

JIM: Sí. La recuerdo retraída y sola.

LAURA: No tuve mucha suerte para hacer amistades.

JIM: No sé por qué.

LAURA: La verdad es que empecé mal.

JIM: ¿Se refiere a su...?

LAURA: Bueno, sí... Aquello... parecía interponerse entre yo y...

JIM: ¡No debió permitirlo!

LAURA: Lo sé, pero así fue y yo...

JIM: ¡De modo que era tímida con la gente!

LAURA: Trataba de no serlo, pero nunca pude...

JIM: ¿Vencerlo?

LAURA: No, yo... ¡Nunca pude!

JIM: Sí. Creo que la timidez es algo que debe vencerse gradualmente.

LAURA: Sí... creo que...

JIM: ¡Exige tiempo!

LAURA: Sí...

JIM: Oiga... ¿Sabe una cosa, Laura? (*Se levanta para sentarse en el sofá-cama.*) La gente no es tan terrible cuando se la conoce. ¡Eso es lo que debe recordar, Laura! ¡Y todos tienen sus problemas, no sólo usted, sino prácticamente todos! Usted cree ser la única desilusionada. Pero mire a su alrededor y... ¿qué ve? A muchísima gente desilusionada. Tómeme a mí, por ejemplo. ¡Caramba, cuando salí del colegio esperaba progresar mucho más de lo que progresé! A propósito... ¿Recuerda ese gran elogio que me hicieron en «La Antorcha»?

LAURA: ¡Sí! (*Saca el anuario de debajo del almohadón del sofá-cama.*)

JIM: ¡Afirmaban que yo debía triunfar en cualquier empresa en que interviniera! ¡Santo Dios! «¡La Antorcha!» (*Ella abre el libro, se lo muestra y se sienta a su lado.*)

LAURA: ¡Aquí está usted en *Los Piratas de Penzance*!

JIM: ¡*Los Piratas*! «¡Oh, más vale vivir y morir bajo la valiente bandera negra que hago ondear!», cantaba yo al encarnar al protagonista de esa opereta.

LAURA: ¡Y de una manera tan bella!

JIM: ¡Oh!

LAURA: Sí, sí... ¡Bella, bella!

JIM: De modo que me oyó... ¿eh?

LAURA: ¡No menos de tres veces!

JIM: ¡No!

LAURA: ¡Sí!

JIM: ¿De modo que asistió a las tres representaciones?

LAURA: Sí.

JIM: ¿Para qué?

LAURA: Quería... pedirle que... me pusiera su autógrafo en mi programa. (*Lo saca del libro.*)

JIM: ¿Por qué no me lo pidió?

LAURA: Siempre lo rodeaban tanto sus amigos que nunca tuve oportunidad de hacerlo.

JIM: Oh... Le hubiera bastado con acercarse y decirme: Aquí está mi...

LAURA: Bueno, yo... pensé que usted podía creer que yo estaba...

JIM: Podía creer que usted estaba... ¿qué?

LAURA: Oh...

JIM (*con meditativa fruición*): ¡Ah! Sí. En aquéllos tiempos, las mujeres me asediaban.

LAURA: ¡Usted era popularísimo!

JIM: Sí...

LAURA: Tenía un modo de ser... tan cordial...

JIM: Oh, en el colegio me mimaban...

LAURA: ¡Todos le tenían simpatía!

JIM: ¿Inclusive usted?

LAURA: Yo... Bueno, sí... Yo también...

JIM: Déme ese programa, Laura... (*Ella se lo tiende y el lo firma.*) ¡Ya está! ¡Más vale tarde que nunca!

LAURA: Vaya... ¡Qué... sorpresa!

JIM: Mi firma no vale mucho, ahora. Pero quizá, algún día... ¡su valor aumente! Como comprenderá, una cosa es estar decepcionado y otra desalentarse. Bueno, quizá la esté desilusionando, pero no me siento desalentado. Dígame... ¿Usted concluyó los estudios?

LAURA: Obtuve malas calificaciones en los exámenes finales.

JIM: ¿De modo que dejó el colegio?

LAURA (*levantándose*): No volví. (*Va hacia el zoo de cristal. Jim enciende un cigarrillo, sentado aún en el sofá-cama. Laura pone el anuario debajo del zoo de cristal. Se levanta, toma el unicornio, una figurita de cristal, de espaldas a Jim.*) ¿Cómo... cómo le va a Emily Meisenbach?

JIM: ¡Esa cabeza hueca!

LAURA: ¿Por qué la llama así?

JIM: Porque eso era.

LAURA: ¿Usted no sale ya... a pasear con ella?

JIM: Oh, no la he vuelto a ver, siquiera.

LAURA: En la Sección Personal decían que ustedes... íeran novios!

JIM: Lo sé. ¡Pero no me impresionaba aquella... propaganda!

LAURA: ¿No era... la verdad?

JIM: ¡Solamente lo era para la optimista opinión de Emily!

LAURA: Ah... (*Se vuelve hacia Jim. Este enciende un cigarrillo y se acoda con indolencia, sonriéndole a Laura con una cordialidad y simpatía que encienden en el alma de la muchacha velas de altar. Laura se queda junto al zoo de cristal y juega con una de sus piezas para disimular tumultuosos sentimientos.*)

JIM: ¿Qué hizo usted después del colegio? ¿Eh?

LAURA: ¿Qué?

JIM: Dije... ¿Qué hizo usted después del colegio?

LAURA: Poca cosa.

JIM: Ha debido de hacer algo en todo este tiempo.

LAURA: Sí.

JIM: Y bien... ¿Qué fue?

LAURA: Seguí un curso en la escuela comercial...

JIM: ¿De veras? ¿Y qué resultado le dio?

LAURA (*se vuelve hacia Jim*): A decir verdad, no muy... bueno... Tuve que dejarlo, aquello me causaba... indigestión...

JIM (*ríe amablemente*): ¿Qué hace ahora?

LAURA: Poca cosa... ¡Oh, no crea, por favor, que me paso los días con los brazos cruzados! Mi colección de cristal me ocupa bastante tiempo. El cristal es algo que exige muchos cuidados...

JIM: ¿Qué dijo usted... del cristal?

LAURA (*carraspea y le vuelve nuevamente la espalda, con gran timidez*): Mi colección, dije...Tengo una colección.

JIM (*deja el cigarrillo y dice, bruscamente*): ¡Oiga! ¿Sabe cuál es su desgracia, a mi entender? (*Se levanta y va a la derecha.*) ¡Un complejo de inferioridad! ¿Sabe qué es eso? ¡Llaman así la sensación que se experimenta cuando una persona se subestima! Oh, lo comprendo porque también yo la tuve. ¡Hum! Sólo que mi caso no era tan grave como parece serlo el suyo. Padecí de ese complejo hasta que estudié oratoria y cultivé mi voz y descubrí que tenía aptitudes para la ciencia. ¿Sabe que hasta entonces nunca me había creído con capacidad sobresaliente para nada?

LAURA: ¡Oh! ¿Será posible?

JIM: Nunca estudié con regularidad esa materia... *(Se sienta en la butaca.)* Fíjese usted, pero un amigo mío dice que sé analizar mejor a la gente que los médicos que lo hacen profesionalmente. No afirmo que eso sea por fuerza cierto, pero puedo adivinar con seguridad la psicología de una persona. Discúlpeme, Laura. *(Saca el chicle de la boca.)* Siempre lo saco cuando ha perdido el sabor. Lo envolveré en un trocito de papel. *(Arranca un trozo de papel del periódico que está debajo de los candelabros, envuelve en él su chicle, va hacia el sofá-cama, observa si Laura lo mira. Pero no hay tal cosa. Jim da la vuelta al sofá-cama.)* Ya sé cuan fastidioso es que se adhiera a uno el chicle en un zapato. *(Arroja el chicle debajo del sofá-cama y se acerca a Laura.)* Sí... Creo que ésa es su principal desgracia. La falta de confianza en sí misma, como persona. Ahora bien: fundo ese hecho en muchas de sus frases y en algunas observaciones hechas por mí. Por ejemplo, en ese estrépito de sus zapatos cuando estaba en el colegio. ¿Dice usted que temía subir por la escalera? ¿Ve lo que ha conseguido? ¡Abandonó el colegio y renunció a una educación por culpa de un pisar pesado, que a mi modo de ver virtualmente no existe! Oh, usted sólo tiene un pequeño defecto físico. ¡Hasta casi imperceptible! ¡Su imaginación lo magnífica mil veces! ¿Sabe qué le aconsejo? ¡Le conviene considerarse *superior* en algún aspecto! *(Va hacia la mesita que está a la derecha del sofá-cama y se sienta sobre ella. Laura se sienta en la butaca.)*

LAURA: ¿Cómo podría pensarlo?

JIM: ¡Caramba, Laura! Mire un poco a su alrededor y... ¿qué ve? ¡Un mundo lleno de personas vulgares! ¡Todas han nacido y todas morirán! ¿Cuál de ellas tiene la décima parte de las virtudes que la adornan a usted? ¿O de las mías? ¿O de cualquier otro, por lo demás? Cada uno se destaca en algún aspecto... ¿comprende? Bueno... ¡Algunos se destacan en muchos! Tomemos mi caso, por ejemplo. Me interesa la electrodinámica. Sigo un curso de técnica radiotelefónica en la escuela nocturna, además de tener un empleo de bastante responsabilidad en la zapatería. Sigo ese curso y estudio oratoria pública.

LAURA: ¡Ooooooh! ¡Qué bien!

JIM: ¡Porque creo en el porvenir de la televisión! Quiero estar preparado para seguir el ritmo de ese progreso. *(Se levanta, va a la derecha.)* Proyecto obtener una participación en el negocio con las mismas ventajas que sus promotores. ¡Oh, ya he tomado las medidas necesarias! Ahora, sólo resta que la propia industria se ponga en marcha... ¡a todo vapor! ¡El conocimiento! ¡Zipppp! ¡El dinero! ¡Zipppp! ¡El poder! ¡Bum! ¡He ahí el cielo sobre el cual está construida la democracia! *(Pausa.)* ¡Supongo que usted debe considerarme muy engreído!

LAURA: Nooo... En absoluto.

JIM *(se arrodilla ante la butaca)*: Bueno. ¿Y qué me dice usted? ¿No hay algo que le interese especialmente?

LAURA: Oh, sí...

JIM: ¿Qué, por ejemplo?

LAURA: Me dedico... como le dije... a mi colección de cristal...

JIM: ¡Ah! ¿Qué cristal es ése?

LAURA (*toma una pieza de la colección del estante*): Cositas de cristal, adornos más que nada. En su mayoría, son animalitos de cristal, los animalitos más diminutos del mundo. ¡Mamá los llama el zoo de cristal! ¡Aquí tiene uno, si quiere verlo! Este es uno de los más viejos, tiene casi trece años. (*Se lo tiende.*) ¡Oh, tenga cuidado! Bastaría un soplo para romperlo.

JIM: Más vale que no lo tome. Soy muy torpe.

LAURA: ¡Vamos, le tengo confianza! (*Jim toma el caballo.*) Ya lo ve... ¡Lo sostiene suavemente! ¡Levántelo a la luz, ese caballito ama la claridad! (*Jim alza el caballo.*) ¿Ve cómo brilla la luz a través de él?

JIM: ¡Ya lo creo que brilla!

LAURA: Yo no debiera ser parcial, pero es mi favorito.

JIM: Oiga... ¿Qué se supone que es esto?

LAURA: ¿No ha notado el cuerno único de su frente?

JIM: ¡Ah! ¿Es un unicornio?

LAURA: ¡Aja!

JIM: ¿Acaso no se han extinguido los unicornios en el mundo moderno?

LAURA: ¡Lo sé!

JIM: El pobrecito debe sentirse bastante solo.

LAURA: Pues si se siente solo, no se queja. Está en el mismo estante con otros caballos que no tienen cuernos y todos parecen entenderse muy bien.

JIM: Ya lo creo. Dígame... ¿Dónde puedo dejarlo?

LAURA: Póngalo sobre la mesa. (*Jim va hacia la mesita que está a la derecha del sofá-cama y deja el unicornio sobre ella.*) ¡A todos ellos, les gusta de vez en cuando cambiar de escenario!

JIM (*mirando al foro, con los brazos tendidos*): Así es. ¡Hola! Mire qué grande es mi sombra cuando estiro los brazos.

LAURA (*yendo hacia la izquierda*): ¡Oh, sí! ¡Se extiende sobre el cielo raso!

JIM (*sale por la derecha, dejando la puerta abierta y se para sobre el rellano. Canta, siguiendo la música del disco popular del día del salón de baile. Cuando Jim abre la puerta, la música crece en volumen*): Ha dejado de llover. ¿De dónde proviene esa música?

LAURA: Del Salón de Baile El Paraíso, que está al otro lado de la calle.

JIM (*vuelve a entrar, cierra la puerta y va hacia Laura*): ¿Qué le parece si bailáramos un poco, señorita Wingfield? ¿O su carné está cubierto? Permítame que lo vea. (*Va hacia el centro. La orquesta, en el salón de baile, ataca un vals. Jim hace gesto de consultar su carné de baile imaginario.*) ¡Oh, vamos! ¡Todas sus piezas están tomadas! Simplemente, tacharé varias de ellas. ¡Ah, un vals! (*Va hacia Laura.*)

LAURA: Yo... ¡No puedo bailar!

JIM: ¡Ya apareció el complejo de inferioridad!

LAURA: ¡Nunca he bailado en toda mi vida!

JIM: ¡Vamos, inténtelo!

LAURA: ¡Oh, le daría pisotones!

JIM: No soy de vidrio.

LAURA: ¿Cómo... cómo empezamos?

JIM: Tienda un poco los brazos.

LAURA: ¿Así?

JIM: Levántelos un poco más. *(Toma en sus brazos a Laura.)* Eso es. Ahora, no se ponga rígida, eso es lo principal... Relaje el cuerpo.

LAURA: Es difícil no estar rígida.

JIM: Perfecto.

LAURA: Temo que no podrá moverme.

JIM *(baila, alrededor del sofá-cama, lentamente)*: ¿Qué apostamos a que puedo?

LAURA: ¡Dios mío! ¡Sí que puede!

JIM: Abandónese ahora, Laura. Abandónese.

LAURA: Yo...

JIM: ¡Vamos!

LAURA: ¡Trato de hacerlo!

JIM: No se ponga tan rígida... ¡Hay que estar natural!

LAURA: ¡Lo sé... pero yo...!

JIM: ¡Vamos! ¡Afloje un poco la columna! *(Cuando llegan al rincón al foro del sofá-cama -de modo que el público no la vea levantarla- el brazo de Jim ciñe fuertemente el talle de Laura y la hace describir tres vueltas completas alzándola del suelo, antes de que llegue a la mesita. La música crece en volumen cuando Jim la levanta.)* ¡Allá va! *(Jim hace caer el caballo de cristal de la mesa. La música se esfuma.)*

LAURA: Oh, no importa...

JIM *(levanta el caballo)*: Hemos hecho caer el caballito de cristal.

LAURA: Sí.

JIM *(le tiende el unicornio)*: ¿Está roto?

LAURA: Ahora es igual a todos los demás caballos.

JIM: ¿Quiere decir que ha perdido su...?

LAURA: Ha perdido su cuerno. No importa. Quizá eso sea una suerte disfrazada.

JIM: Caramba, apostaría a que usted nunca me perdonará. Apostaría a que era su animalito de cristal favorito.

LAURA: Oh, no tengo favoritos... *(Pausa.)* ... mayormente. Esto no es una tragedia. El cristal se rompe tan fácilmente... Por cuidadoso que uno sea. El tránsito hace trepidar los estantes y las cosas se caen.

JIM: Con todo, lamento muchísimo haberlo roto.

LAURA: Me imaginaré, simplemente, que el unicornio ha sido operado. Le quitaron el cuerno para que se sintiera menos... imonstruoso! *(Va a la*

izquierda, se sienta sobre la mesita.) Ahora, estará más a sus anchas con los demás caballos, los que no tienen cuernos...

JIM (*Se sienta sobre el brazo de la butaca, frente a Laura*): Me alegra ver que tiene sentido del humor. ¿Usted sabe... que es... distinta de todas las muchachas que he conocido? ¿Le molesta que se lo diga? Hablo en serio. Me siento algo así como... ¡No sé cómo decirlo! Generalmente, expreso bastante bien las cosas, pero... ¡esto es algo inexplicable! ¿Le dijo alguna vez alguien que era linda? (*Se levanta, va hacia Laura.*) ¡Pues lo es! Y de un modo distinto de todas las demás. Y más linda, precisamente, a causa de la diferencia. Oh, ojalá fuese usted mi hermana. Yo le enseñaría a confiar en sí misma. Uno no tiene por qué avergonzarse de ser distinto. Porque los demás no son tan maravillosos. Son centenares de miles. ¡Y usted, es única! Ellos caminan por toda la tierra. Y usted, se queda aquí. Son vulgares como... la cizaña, pero... usted... bueno; usted... ¡es *Blue Roses*!

LAURA: Pero el azul... no se puede aplicar... a las rosas...

JIM: ¡Es aplicable a usted! ¡Usted es linda!

LAURA: ¿En qué sentido lo soy?

JIM: En todos los sentidos... Sus ojos... su cabello... ¡Sus manos son lindas! Usted creerá que lo digo porque ustedes me han invitado a cenar y tengo que ser amable. ¡Oh, podría serlo! Podría decir muchas cosas sin ser sincero. ¡Pero le hablo con sinceridad! He notado que usted tiene ese complejo de inferioridad que le impide sentirse a sus anchas con la gente. Alguien debe infundirle confianza en sí misma... ¡ánimo!... y tornarla orgullosa en vez de tímida y evitar que vuelva la espalda a cada momento y... se sonroje... (*Jim alza a Laura y la sienta sobre la mesita al decir «ánimo».*) Alguien... debiera (*la baja*). Alguien debiera... ¡besarla, Laura! (*Se besan. Jim la suelta y le vuelve lentamente la espalda yendo al primer término a la derecha. Y dice en voz baja, como para sí.*) Oh, no debí hacer eso. Fue inoportuno... (*Retrocede y se vuelve hacia Laura, que está sentada sobre la mesita.*) ¿Le gustaría un cigarrillo? Usted no fuma... ¿verdad? ¿Querría una pastilla de menta? ¿De anís? Mi bolsillo es toda una confitería... ¿Sabe una cosa, Laura? Si yo tuviera una hermana como usted haría lo mismo que Tom. Traería amigos a casa para que la conociesen. Quizá no debiera decir eso. Tal vez Tom no me haya traído aquí por esa razón. Pero... ¿y si así fuera? Eso no tendría nada de malo. Lo único que hay de malo es que en mi caso -mi situación no me lo permite- no puedo preguntarle su número y decirle que la llamaré por teléfono. No puedo telefonarle la semana próxima... pedirle una cita. Prefiero explicarle la situación por si usted... me interpreta mal y hiero sus sentimientos...

LAURA (*con voz débil*): ¿Usted... no volverá... a visitarnos?

JIM (*yendo al sofá-cama y sentándose*): No, no puedo. Le explicaré. Estoy atado. Laura, yo he... ¡Me estoy portando de forma muy juiciosa! Salgo siempre con una muchacha que se llama Betty. Oh, es una buena

muchacha de su casa como usted, católica e irlandesa, y en muchos sentidos, nosotros... nos entendemos perfectamente. La conocí el verano pasado durante un viaje en barco por el río a la luz de la luna hasta Alton, en el Majestic. Bueno... Pues, desde el principio, eso fue... ¡amor! ¡Oh, estar enamorado ha hecho de mí un hombre nuevo! ¡La fuerza del amor es algo tremendo! El amor es algo que... transforma el mundo entero. Ocurrió que la tía de Betty se enfermó y Betty recibió un telegrama y tuvo que ir a Centralia. De modo que naturalmente, cuando Tom me invitó a cenar... naturalmente, acepté la invitación, sin saber... me refiero... sin saber. Me gustaría que usted... dijera algo. *(Laura le da el unicornio.)* ¿Por qué hace eso? ¿Quiere que me quede con él? ¿Para qué?

LAURA: Un... recuerdo. *(Va hacia el zoo de cristal. Jim se levanta.)*

AMANDA *(detrás de la escena)*: Voy, hijos. *(Entra en el comedor, viene de la cocina.)* Pensé que le gustaría un refresco. *(Deja la bandeja sobre la mesita. Alza un vaso.)* Señor O'Connor... ¿Ha oído esa canción sobre la limonada? Dice...

«¡Limonada, limonada!
hecha en la sombra y revuelta con una pala,
...¡y luego, sirve apenas para una solterona!»

JIM: No, señora. Nunca la oí.

AMANDA *(a Laura)*: ¿Por qué estás tan seria, querida?

JIM: Estábamos sosteniendo una conversación seria.

AMANDA: No comprendo a los jóvenes modernos. Cuando yo era muchacha, todo me alegraba.

JIM: Usted no ha cambiado en lo más mínimo, señora Wingfield.

AMANDA: Supongo que me habrá rejuvenecido la alegría de esta velada. ¡Bueno, pues, brindo por la alegría de esta velada! *(Derrama la limonada sobre su vestido.)* ¡Oooh! Me he bautizado. *(Deja el vaso sobre la mesita.)* En la cocina he encontrado varias cervezas y he puesto una en cada vaso.

JIM: No debió molestarse tanto, señora.

AMANDA: No fue una molestia. ¿No nos oyó alborotar en la cocina? Yo estaba tan fastidiada con Tom por no haberlo traído a usted antes... Pero ahora que ha aprendido el camino, señor O'Connor, quiero que venga a menudo... no de vez en cuando... sino a menudo. Oh, creo que volveré a esa cocina. *(Va hacia el foro.)*

JIM: Oh, no, señora. Le ruego que no vaya. En realidad, tengo que irme.

AMANDA: ¡Oh, señor O'Connor! ¡La noche está empezando, apenas!

JIM: Bueno, ya sabe cómo son esas cosas.

AMANDA: ¿Quiere usted decir que es un empleado y que debe cumplir el horario de los empleados?

JIM: Sí, señora.

AMANDA: Bueno, lo dejaremos ir temprano esta vez, pero sólo a condición de que se quede más tarde la vez próxima, mucho más tarde... ¿Cuál es la noche ideal para usted? ¿El sábado?

JIM: ¡A decir verdad, tengo que cumplir dos horarios, señora Wingfield! ¡Uno de mañana y otro de noche!

AMANDA: Oh... ¡Qué bien! ¡Qué ambicioso es usted! ¿También trabaja de noche?

JIM: No, señora. No se trata del trabajo, sino... ¡de Betty!

AMANDA (*va hasta el sofá-cama*): ¿Betty? ¿Quién es Betty?

JIM: Oh, nada más que una muchacha. ¡La muchacha con quien salgo!

AMANDA: ¿De modo que es algo serio?

JIM: Oh, sí, señora. Nos casaremos el segundo domingo de junio.

AMANDA (*se sienta en el sofá-cama*): Tom no nos dijo que usted se iba a casar.

JIM: Bueno, no lo he revelado aún en la zapatería. (*Toma su sombrero, que está sobre la mesita del teléfono.*) Usted sabe cómo son los muchachos. Lo llaman a uno Romeo y todas esas cosas... La velada ha sido maravillosa, señora Wingfield. Creo que es eso lo que llamamos la hospitalidad del Sur.

AMANDA: No ha sido nada. Nada.

JIM: Supongo que no les parecerá demasiado precipitado. Pero le prometí a Betty ir a buscarla a la estación de Wabasch y su tren debe llegar de un momento a otro. Algunas mujeres se muestran muy contrariadas si uno las hace esperar.

AMANDA: ¡Sí, ya sé todo lo relativo a la tiranía de las mujeres! Bueno. Adiós, señor O'Connor. (*Le tiende la mano. Jim se la toma.*) Le deseo felicidades... y buena suerte. También tú se lo deseas.... ¿verdad, Laura?

LAURA: Sí, mamá.

JIM (*acercándose a Laura*): Adiós, Laura. Siempre conservaré con gran aprecio ese recuerdo. Y no olvide el buen consejo que le he dado. ¡Hasta pronto, Shakespeare! (*Va al foro, al centro.*) Gracias de nuevo, señora. ¡Buenas noches! (*Sonríe y se va garbosamente por la derecha.*)

AMANDA (*con voz débil*): Bueno, bueno, bueno... Las cosas suelen salir tan mal... (*Laura va hacia el fonógrafo y pone un disco.*) Yo que tú, no pondría un disco. Bueno, bueno... ¡Nuestro candidato tiene novia! ¡Tom!

TOM (*detrás de la escena*): ¿Qué, mamá?

AMANDA: Ven aquí. Quiero decirte algo muy gracioso.

TOM (*viene de la cocina*): ¿Se ha ido el candidato?

AMANDA: El candidato se ha ido muy temprano. ¡Linda broma la que nos has hecho!

TOM: ¿Qué quieres decir?

AMANDA: No me dijiste que el señor O'Connor tenía novia.

TOM: ¿Jim? ¿Novia?

AMANDA: Es lo que acaba de comunicarnos.

TOM: ¡Que me condenen! ¡Yo no lo sabía!

AMANDA: Eso me parece muy raro.

TOM: ¿Qué tiene de raro?

AMANDA: ¿No me dijiste que era tu mejor amigo de la zapatería?

TOM: Lo es, pero... ¿cómo podía saberlo yo?

AMANDA: ¡Parece muy raro que ignoraras que tu mejor amigo estaba comprometido para casarse!

TOM: ¡La zapatería es el lugar donde trabajo, no donde descubro cosas sobre la gente!

AMANDA: ¡Tú no descubres nada en ninguna parte! ¡Vives soñando! ¡Fabricas ilusiones! *(Tom va a dirigirse hacia la derecha.)* ¿Adonde vas? ¿Adonde vas? ¿Adonde vas?

TOM: Voy al cine.

AMANDA *(se levanta y se le acerca)*: Muy bonito, ahora que nos has hecho pasar por unos tontos. ¡El esfuerzo, los preparativos, todos los gastos! ¡El velador nuevo, la alfombra, la ropa para Laura! ¿Todo, para qué? ¡Para agasajar al novio de otra muchacha! ¡Vete al cine, ahora! ¡No pienses en tu hermana soltera que está lisiada y sin empleo! ¡No permitas que nada moleste tu placer egoísta! ¡Vete, vete, vete... al cine!

TOM: Perfectamente, iré. ¡Y cuanto más me grites a causa de mis egoístas placeres, antes me iré y, por lo demás, no iré al cine! *(Toma el sombrero de la mesita, cierra con violencia la puerta y sale por la callejuela de la derecha.)*

AMANDA *(va hacia el rellano y grita)*: ¡Ve, pues! ¡Vete a la luna... soñador egoísta!

(La luz del interior se apaga. Se oye una vaga música. Amanda vuelve a entrar en la sala, cerrando con un portazo. Las últimas frases de Tom se sincronizan con la pantomima interior. La escena se representa como si se viera a través de un vidrio grueso, detrás de las cortinas externas de gasa. Amanda, de pie, parece decirle algo consolador a Laura, que está acurrucada sobre el sofá-cama. Ahora que no podemos oír las palabras de la madre, su estupidez ha desaparecido y tiene dignidad y una trágica belleza. El cabello de Laura oculta su rostro hasta que, cuando concluye de hablar su madre, lo alza para sonreírle. Los gestos de Amanda son lentos y graciosos, casi con ritmo de danza, cuando consuela a su hija. Tom, que se ha puesto mientras tanto como antes el abrigo de marinero y la gorra, entra por la derecha y se adelanta de nuevo hacia el rellano; donde se queda al hablar. En el ínterin las luces se proyectan sobre Amanda y Laura, pero son vagas.)

TOM: Yo no fui a la luna. Fui mucho más lejos. Porque el tiempo es la distancia más larga entre dos lugares... Me marché de Saint Louis. Bajé por última vez esos peldaños de la escalera de emergencia y seguí,

desde entonces, los pasos de mi padre, tratando de hallar en el movimiento lo perdido en espacio... Viajé mucho por todas partes. Las ciudades pasaban rápidamente ante mí como hojas secas, de brillantes colores pero arrancadas de la rama. Me habría detenido, pero algo me perseguía. Aquello acudía siempre de improviso, tomándome de sorpresa. Quizá fuese un pasaje musical familiar. Quizá sólo un fragmento de transparente cristal... Quizá me esté paseando por una calle de noche, en alguna ciudad extraña, antes de haber encontrado compañeros y pase junto a la ventana iluminada de una perfumería. La ventana está llena de piezas de cristal de color, de frasquitos transparentes de delicados tonos, que parecen fragmentos de un arco iris roto. Entonces, repentinamente, mi hermana me toca el hombro. Me vuelvo y miro sus ojos... ¡Oh, Laura, Laura!... ¡Traté de dejarte atrás, pero soy más fiel de lo que pensaba ser! Tiendo la mano hacia un cigarrillo, cruzo la calle, entro corriendo en un cine o un bar. Pido una copa, hablo con el desconocido más próximo -¡cualquier cosa capaz de apagar tus velas!- ¡porque hoy el mundo está iluminado por el relámpago! Apaga de un soplo tus velas, Laura... *(Laura apaga soplando las velas que arden aún en los candelabros y todo el interior queda en la oscuridad.)* Y ahí termina mi memoria y comienza vuestra imaginación. ¡De modo que adiós!...

(Sale por la callejuela de la derecha. Se sigue oyendo música hasta el final.)

TELÓN